



# Los seres invisibles

Gustavo Pereira

Fundación Editorial  
  
elperroylarana

COLECCIÓN  
alfredo maneiro  
Serie  
Pensamiento Social





# Los seres invisibles

**Gustavo Pereira**

COLECCIÓN  
alfredo maneiro  
Serie  
Pensamiento Social

1ª edición 2008

2ª edición 2010

© Gustavo Pereira

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Torre Norte, Centro Simón Bolívar, piso 21, El

Silencio, Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212)768.8300 / 768.8399

**Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

**Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

**Diseño de la colección**

Dileny Jiménez

Hernán Rivera

**Edición al cuidado de**

Damián Borges

Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2018000522

ISBN 978-980-14-3146-6

La colección *Alfredo Maneiro. Política y sociedad* publica obras necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales, políticos y económicos que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela tiene un papel activo y determinante en la escena global contemporánea, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, surgidos del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Firmes propósitos animan esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta y ochenta del siglo pasado; y por la otra, publicar libros que permitan difundir temas e ideas medulares de nuestro tiempo. Está conformada por cuatro series: *Pensamiento social*, *Cuestiones geopolíticas*, *Identidades* y *Comunicación y sociedad*.

**Pensamiento social** es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente, sirve para problematizar y profundizar el espíritu emancipador de nuestro continente.

**Cuestiones geopolíticas** sirve de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.

**Identidades** indaga en la diversa gama de culturas ancestrales y populares latinoamericanas, en la búsqueda de los aspectos que nos definen como pueblos.

**Comunicación y sociedad** aborda los diferentes temas de la comunicación, a partir de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.



## NOTA PRELIMINAR

Hijos de circunstancias no siempre explícitas ni apacibles de la conciencia sensible y del oficio de vivir, estos textos datan de fechas y momentos históricos diversos. La mayor parte de ellos fueron publicados en diarios nacionales, especialmente en *El Nacional* de Caracas. Otros (“El verdadero nombre de las cosas” y “Los seres invisibles”) como editoriales de la *Revista Nacional de Cultura* cuando el autor la dirigía (específicamente en los números 322 y 323 del año 2002). Con ligeras modificaciones introducidas a raíz del referendo revocatorio del 2004, este último se publica también en las revistas *Carta de América* (n.º 5, 2004) de Córdoba, Argentina, y *La Jiribilla de Papel* (septiembre 2004), de La Habana, Cuba. La “Carta a los estadounidenses sensibles”, escrita a comienzos de 2004, se conoce por primera vez en *La Jiribilla* (n.º 167, 2004) y, por Internet, en *Aporrea.org* y *Rebelión.org*, reproducida luego por otros sitios de la red. “Las dos iglesias” aparece originalmente en dos entregas en el diario *Antorcha* del Edo. Anzoátegui (18 y 23 de enero de 1985) como homenaje al obispo brasileño Helder Cámara y a los sacerdotes y religioso(a)s que entregaron (y aún entregan) sus vidas a la causa de los humildes bajo la entonces acremente atacada Teología de la Liberación. “La segunda independencia”, escrito a fines de los años ochenta, fue publicado como parte de un trabajo mayor, *El*

*pensamiento anticolonialista de los libertadores*, en la Universidad de Oriente, Puerto la Cruz, el año 1992.

Gustavo Pereira

## LOS SERES INVISIBLES

### I

Escribo estas líneas menos como incierto oficiante de la poesía que como angustiado ser humano cuya sensibilidad nació y creció bajo un orden social acicateado por injusticias seculares, y que aprendió a ver en su país, más allá del paisaje luminoso y de las gentes concretas y visibles, a ciertos seres invisibles que también lo poblaban. Tan invisibles y tan numerosos y tan laboriosos y tan persistentes como las gotas de la lluvia, y a quienes debo –o tal vez deba decir debemos– el papel donde escribo, el lecho donde duermo, el zapato que calzo, el plato donde como, el techo que me alberga y hasta el espíritu que me alienta.

Invisibles como aquel indio Garabombo, el personaje alucinante de la novela de Manuel Scorza que en las antecámaras de los despachos oficiales en procura de justicia para su pueblo, apenas si era percibido por el helado viento de las humillaciones.

Invisibles para la cultura dominante que motejó y aún tiene por dialectos sus lenguas, por supersticiones sus creencias, por bagatelas sus artes, por salvajismo sus saberes, por indolencia su comedimiento, por desidia su prudencia, por idiotéz su paciencia,

por turbas sus manifestaciones, por hordas sus organizaciones, por menesteroso o despreciable su pan.

Invisibles para el paroxismo individualista que todo desea disponerlo a su imagen y semejanza como si la vida fuera inexorable monolito.

Invisibles para la irremediable insensibilidad, para los perversos y uniformadores poderes del mercado y para quienes en su nombre han hecho de la injusticia y de la guerra una máscara de sangre.

Invisibles, en fin, para quienes vivieron y viven persuadidos de que la vida empieza y termina en los lindes de su urbanización o en ciertas avenidas de Caracas, Miami o New York.

## II

En la época en que Humboldt llega a Venezuela los seres visibles, entre los casi 900.000 habitantes que la poblaban, eran unos 184.727, todos blancos españoles y descendientes de españoles, incluyendo los llamados "blancos de orilla". Entre ellos había seres más visibles que otros, unos 658. Eran los blancos propietarios de la tierra.

Se supone que existían también, porque no se sabe qué método se empleó para contarlos puesto que carecían de corporeidad, unos 464.352 pardos (es decir, mestizos, mulatos, cuarterones, zambos; o como expresara un texto de la época: "una generación propagada no por la santa alianza de la Ley, sino por las torpes uniones reprobadas por la religión") desprovistos de los derechos y privilegios de aquéllos y segregados en la escala social (de castas) de la época. Cuando una providencia real de 1793, a menos de dos décadas de la Declaración de Independencia, les permite con las llamadas Cédulas de Gracias al Sacar comprar algunos derechos hasta entonces sólo concedidos a los blancos (habilitación para determinados empleos, títulos y cargos militares), el Cabildo de Caracas expresará su protesta resaltando "la inmensa distancia que separa a los blancos y pardos, la ventaja y superioridad de aquéllos y la bajeza y subordinación de éstos".

Otros seres invisibles se agregaban a los pardos, pero en escala casi subhumana: 161.354 indios sobrevivientes de la hecatombe conquistadora y colonizadora y 87.800 esclavos negros, a cuyo destino se unieron los también invisibles escarnios del etnocidio, la aculturación, el desprecio y la segregación.

Los seres visibles se ocupaban de los vericuetos del poder y la riqueza, los invisibles del trabajo asalariado y esclavizado. Algunos fungían de zapateros, panaderos, barberos, albañiles y hasta de pulperos.

Al poco tiempo del viaje del sabio alemán, cuando aún no se había conformado otra noción de Estado que la dictada por el rey español, una lúcida y atrevida vanguardia de seres visibles, es decir, de blancos criollos y "de orilla", convenció finalmente a los seres invisibles para forjar patria verdadera, soberana y justa, y tras ese propósito, superados recelos y antagonismos, ambos emprendieron la más osada de las aventuras, la más temeraria de las empresas, la más dificultosa de las hazañas, la más enrevesada de las revoluciones.

Los seres visibles vestían uniforme militar o toga de letrado, los invisibles rudimentaria desnudez. Aquéllos hablaban de libertad, de justicia y de igualdad, éstos de esperanza y de desconfiadas ilusiones. Aquéllos bebían en las fuentes del conocimiento universal, éstos en la exclusión y en el desamparo.

Sin embargo, ambos dejaron savia de su sangre y ceniza de sus huesos por todos los caminos de nuestra América y más de un tercio, casi la mitad, de aquella población de blancos, mestizos, indios y negros venezolanos, sucumbió bajo la devastación de la guerra libertadora.

No en vano pudo escribir Simón Bolívar al agente de los Estados Unidos Bautista Irvine estas palabras el 7 de octubre de 1818:

El pertinaz empeño y acaloramiento de V.S. en sostener lo que no es defensible sino atacando nuestros derechos, me hace extender la vista más allá del objeto a que la ceñía nuestra conferencia. Parece que el intento de V.S. es forzarme a que recíproque los insultos: no

lo haré; pero sí protesto a V.S. que no permitiré que se ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende.

El funcionario había sido enviado por su gobierno a protestar la captura –y obtener la devolución– de dos goletas norteamericanas, la Tigre y la Libertad, que habían sido apresadas en las bocas del Orinoco por la escuadra del almirante Brion cuando llevaban ayuda y pertrechos, como barcos mercenarios, al ejército español sitiado en Angostura.

Lograda la independencia, otras palabras y otros protagonistas sustituirán las antiguas proclamas y contra los deseos de los más sabios y sensibles de aquellos hombres a quienes su pueblo llamó libertadores, los otrora seres invisibles –y digo otrora porque en las terribles contiendas contra las fuerzas realistas habíanse convertido en visibles–, engañados y traicionados por quienes decían representarlos, tornaron a sus espectros y se hicieron nuevamente invisibles. Y así fueron agostando sus vidas fantasmales entre promesas, ilusiones, esperanzas, desilusiones, desesperanzas y paciencia.

Siglo y medio después el mundo de los invisibles seguía padeciendo la misma devastación.

En 1988 un informe oficial de la Oficina Central de Coordinación y Planificación de la Presidencia de la República (Cordiplan), basado en el Método de la Línea de Pobreza, determinaba que había en Venezuela 1.813.000 hogares con ingresos inferiores al costo de la canasta normativa (55.2%), o sea, en situación de pobreza relativa, de los cuales 493.000 (el 15%) presentaban ingresos por debajo del costo de la cesta alimentaria, es decir, se ubicaban en la clasificación de pobreza extrema.

Para el primer semestre de 1999, a poco de haber asumido la presidencia Hugo Chávez, las cifras manejadas por el Centro de

Documentación y Análisis para los Trabajadores (Cenda), organización no gubernamental que utiliza el Método de la Línea de Pobreza en sus investigaciones, determinaba que el segmento de los pobres había alcanzado

la escandalosa y preocupante cifra del 86% de la población, con este explosivo ingrediente: el 46% de los venezolanos se encontraba en situación de pobreza crítica, por cuanto sus ingresos mensuales (Bs. 120.000,00) estaban por debajo del costo calculado para la canasta alimentaria (Bs. 217.581,00). El costo de la cesta básica (canasta normativa) se ubicaba para esos meses en Bs. 497.935,00 (...) El Cenda también divulgó un informe, en enero de 2000, según el cual “el 89 por ciento de los hogares venezolanos se ubica en algún grado de pobreza”, mientras que “sólo el 11% de la población del país puede considerarse no pobre”. En ese documento se especifica que del segmento poblacional “no pobres”, un 3 por ciento corresponde a los “ricos” y un 8 por ciento “a lo que queda de la clase media” (citado por Eduardo Morales Gil, *Auge y caída de la democracia antes de Hugo Chávez*, Caracas, José Agustín Catalá, El Centauro Ediciones, 2001, pp.56-57).

Las anteriores investigaciones habrían de ser confirmadas por un respetable organismo oficial, Fundacredesa, que en 1995 revelaba esta dramática realidad: de una población de 21.332.515 habitantes el número de seres visibles se hallaba distribuido así: estrato A, 1,06% de la población (226.125 hab.); estrato B, 6,36% (1.341.815 hab.); estrato C, 11% (2.338.045 hab.), mientras los seres invisibles, ubicados en los estratos D y E (pobreza estructural y crítica) alcanzaba el 81,58%, lo que significaba 41,75%, o sea, 9.019.385 venezolanos en situación de pobreza extrema. Más de dos tercios de venezolanos miserables, entre ellos unos 7 millones de niños sin hogar o escuela y de éstos unos 4 millones con severos cuadros de desnutrición (*op. cit.*, p. 58).

En la pobreza incidía obviamente el desempleo. En 1998, la tasa de éste había llegado al 11% y al año siguiente, en pleno proceso constituyente, a la escandalosa cifra récord de 15.6%:

Si a estos datos de paro –comenta en su libro Morales Gil– agregamos los referidos a las personas con empleos precarios, lanzadas al campo de la economía informal, la situación de depauperación se agrava, por cuanto, si se admiten como ciertas las cifras que ubican al 50% de la población económicamente activa en la buhonería y otros empleos a destajo, el contingente de desempleados y subempleados llegaría a los 6 millones 855 mil personas, con el correspondiente impacto negativo sobre 14 millones de habitantes aproximadamente (*op. cit.*, p. 60).

En el mundo de los invisibles, esos siete millones de niños sin hogar o escuela venían a ser algo así como los invisibles más invisibles, o los invisibles de los invisibles. Y esos casi siete de desempleados y subempleados, los invisibles padres y madres de los invisibles más invisibles.

#### IV

Con los años, mientras los seres invisibles malvivían postergados o sustraídos de la historia, otros en cambio, visibles y actuantes –entre ellos algunos de los que ahora vociferan o mienten o calumnian o manipulan o conspiran, o todo a la vez, para proteger sus privilegios– por sí o por interpuestos medraban o asaltaban arcas y propiedades del común en complicidad con poderes y funcionarios envilecidos, hasta dejar país y pueblo en el estado de postración que aquellas cifras y estas realidades acusan.

Fraudes y malversaciones, robos y latrocinios, coacciones y extorsiones, corruptelas y prevaricaciones, complicidades e impunidad forjaron en el país, a lo largo de décadas, para decirlo con título de un libro de Luis Alberto Crespo, una *costumbre de sequía moral*.

Fue en este ambiente donde nació la contracultura del consumismo desenfrenado, la soberbia y la violencia mediáticas, la exacerbación del individualismo, la exaltación de los instintos primarios, el desprecio a la vida ajena, la inferiorización del otro, la banalización de la existencia, las degradaciones de espíritu. Y también el asalto a la cosa pública, el negociado ignominioso, la prebenda, el cohecho y la sinecura partidistas.

Como consecuencia de ello la educación pública fue convirtiéndose cada vez más en la farsa lastimosa que cada antiguo ministro denunció, y los canales de televisión ocuparon el lugar de la razón, cuando no el del maestro. Nuestras artes, nuestras tradiciones y hasta nuestro idioma se vieron así año tras año desplazados hasta un miserable rincón en las programaciones de los medios, pero no en obsequio de la gran cultura universal. Los pueblos de las naciones latinoamericanas siguieron, como en el viejo régimen colonial, incomunicados entre sí. Nada sabíamos, como no fuera para escarnecerlos, de nuestros hermanos colombianos o ecuatorianos o bolivianos o peruanos o argentinos o panameños. Los pinos y la nieve de otra Navidad fueron desplazando a los pesebres de la nuestra. El *Halloween* de otra tradición halló en sectores de la clase media la carta de identidad que acaso no encontraron en la propia. Los más nimios intérpretes de rock gozaron de la difusión que no tuvieron ni Ángel Custodio Loyola ni Alirio Díaz, y cuando uno sale a las calles y a los centros comerciales casi cree hallarse en los Estados Unidos ante la proliferación de anuncios en inglés, sin duda estimulados por la desconfianza que el poder de convencimiento del propio idioma genera en quienes tampoco confían demasiado en esa cosa del pasado llamada soberanía, que algunos denominamos dignidad.

Basta recorrer nuestra geografía, compartir con los humildes, acudir a sus maltrechas escuelas, liceos, hospitales, canchas deportivas o espacios comunitarios, para ver cómo un vasto plan de desnacionalización y privatización se había puesto en marcha para convertirnos nuevamente en feudatarios o en vasallos. Basta ver cómo prosperaron en dólares las pocas y expatriadas fortunas y

menguaron la educación pública, la salud pública, las propiedades públicas, para entender de qué estaba hecho el camino de sumisión que nos habían escogido. Ni siquiera la buena voluntad, el decoro o la lucidez de algunos venezolanos ilustres en pasados gobiernos fue suficiente para detener o enmendar aquello que más que enorme error pareció ser meticuloso plan de entrega y vasallaje.

## V

No creo que sea inútil ni inmoderado decir que una mayoría inobjetable de electores venezolanos, entre quienes los seres invisibles constituían la generalidad, depositó en 1998, 1999 y 2000, en siete elecciones sucesivas (y ahora en el 2004), un claro y categórico mandato y su confianza en los gobernantes que eligió.

Tal mandato implicaba e implica, por supuesto, la aplicación de un programa de gobierno presentado como oferta al país y se expresa en la Constitución de 1999, en cuya elaboración tuve el honor de participar.

A esa mayoría toca decidir en qué medida dicho programa está cumpliéndose y en qué medida el gobierno que eligió puede seguir representándola.

Porque por primera vez en la historia republicana de Venezuela esa mayoría no sólo intervino y aprobó con sus votos un texto constitucional, sino que reivindicó el derecho a revocar los mandatos de sus elegidos.

Pero también por primera vez en nuestra historia una minoría de ciudadanos, integrada por empresarios, políticos, militares y propietarios de la mayor parte de los medios de comunicación y por periodistas a su servicio, cuyos supuestos derechos o privilegios juzgan vulnerados o afectados por leyes o medidas del gobierno elegido, asumieron en comandita, con saña y denuedo desconocidos hasta ahora, una campaña desestabilizadora en abierta oposición a éste, que desembocó en el frustrado golpe de Estado del 11 de abril y en sucesivos y cruentos zarpazos y sabotajes, con el apoyo del gobierno de los EEUU. Oponerse, criticar y disentir no sólo es

lícito sino normal y lógico en el marco de un pluralismo que lejos de debilitar, fortalece la democracia. Menguaría ésta sin el respeto a la crítica, la discrepancia, la disidencia. ¿Pero puede una minoría –que seguirá siendo minoría hasta que otro proceso electoral la consagre mayoría– convertir la disidencia en campaña desestabilizadora o golpe de Estado contra la voluntad de aquella siete y hoy ocho veces pronunciada mayoría? ¿Pueden ser utilizados legítimamente sus medios para falsear y adulterar gran parte de la realidad política, manipular, alarmar, atentar contra la estabilidad de nuestra moneda y hasta conspirar abiertamente día tras día, usando todos los recursos, incluyendo los más falaces y amorales, para intentar impedir las transformaciones y el cumplimiento del programa que los electores votaron? ¿No establece la Constitución aprobada en referéndum por el pueblo venezolano los mecanismos de revocatoria de los mandatos y la abrogación de las leyes?

Pues bien, una vez más el pueblo venezolano se pronunció y una vez más los seres invisibles fueron protagonistas de su propio destino.

Como el simple ser humano que aprendió a ver y a constatar con cuánto afán esos seres invisibles retomaban sus esperanzas y sus ilusiones de justicia, y como redactor de las palabras que recogen tales anhelos en el Preámbulo de la Constitución, sólo puedo esperar que la democracia participativa y protagónica allí consagrada consolide en sucesivas etapas los valores de la libertad, la independencia, la paz, la solidaridad, el bien colectivo, la integridad territorial, la convivencia y el imperio de la ley y asegure y garantice cuanto le fuera menoscabado o suprimido a esas ahora de nuevo visibles mayorías: el derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la educación, a la justicia social y a la igualdad sin discriminación ni subordinación, como en él se expresa.

Porque los seres invisibles, el 13 de abril de 2002 tanto como este 15 de agosto de 2004, se hicieron otra vez visibles.

Espero que para siempre.



## LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

En una crónica de 1890 publicada en dos entregas por el diario *La Nación* de Buenos Aires y en la que recogía su intervención en el Congreso Internacional de Washington el 2 de noviembre de 1889, José Martí se refería a lo que él denominaba el convite que los EEUU, ricos y potentes, estaban determinados a hacer con nuestros países:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia<sup>1</sup> (1).

Martí refrendaba, por haber vivido quince años “en las entrañas del monstruo” y conocer sus ejecutorias, lo que ya sabiamente había intuido Bolívar. Otro colonialismo más astuto pero igualmente perverso comenzaba a enseñorearse sobre nuestras repúblicas para invadir con sus *marines*, corromper con su dinero, discriminar con su poder, someter con sus mil tentáculos económicos y culturales, degradar con sus espejismos, idiotizar con la contracultura

---

1 José Martí. *Antología mínima*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972, Vol. 1, p. 271.

de sus *mass media*, chantajear con sus terribles armas y perseguir y amenazar y asesinar con sus ejércitos y policías.

Desde entonces el afán de esa segunda independencia recorrió y recorre como otro fantasma nuestra América. Pero no contra el pueblo norteamericano (beneficiario ciertamente en gran medida de la política imperial de sus gobiernos, aunque víctima también, de diverso modo, de ésta) sino contra las fuerzas políticas y económicas que dicen representarlo.

En el tinglado de aquellos poderes nuestro destino se había montado como un *film* de Hollywood: atrás, los decorados de cartón, los tramoyistas, los cables, las bocinas, las luces, los reflectores, los dispositivos electrónicos; en el set, los actores, los extras. Se puede y se permite formar parte de uno u otro escenario, igual el *film* se rodará. Pero el *script* no lo escribe ya el conquistador de peto y loriga, ni el aventurero infame tras cuya huella se levanta aún el lejano polvo del desvarío, ni los ridículos reyes o marqueses tras sus consolas de oro y pedrería, ni los concupiscentes clérigos embutidos en sus largas y ocultas ubicuidades, ni los torvos caudillos enfundados en sus acritudes, ni el reformador cobardón y obsequioso que pensó engañar al Gran Engañador con sus copas levantadas y sus traseros a descubierto. El *script* de nuestro siglo xx reza Made in USA, pero su autor es una máscara, es decir, una gigantesca máscara que encubre innumerables máscaras.

En casi todas puede leerse Made in USA, pero aunque diga *Made in Venezuela*, *Made in Colombia*, *Made in México*, *Made in Panamá*, como nuestros cepillos dentales, nuestras maquinillas y cremas de afeitar, nuestros talcos, nuestras pantuflas, nuestros bolígrafos, nuestras salchichas, nuestras hamburguesas, nuestras neveras, nuestros autos y hasta nuestro pan y nuestra música, siempre se verá al trasluz: *Made in USA*.

En nombre de la libertad, como escribiera Simón Bolívar, ese poder omnipresente y avieso bajo cuyos delirios y obcecaciones y ambiciones está a punto de yacer sepultada la dignidad estadounidense, ha invadido a diestra y a siniestra, a troche y a moche, para imponer sus mercaderías, sus máquinas de guerra y sus lacayos. Dictadores o falsos

demócratas como Gómez, Díaz, Estrada, Machado, Trujillo, Duvalier, Somoza; o Prío, Lleras, Muñoz Marín, Betancourt, ¿qué fueron sino fámulos, escuderos, paniaguados encargados de velar con diligencia los intereses de las transnacionales a costa de la ruina o el vasallaje de sus naciones?, ¿qué invocaciones y considerandos alegaron para la nueva entrega sino la de la sacrosanta libertad?

Pasado casi el siglo xx, superadas –se dice– la edad de la montonera y el carromato y la del dictador semifeudal, ahítos de oratoria, promesas y golpes de pecho y engaños y desengaños, ¿qué traje nuevo estrenan nuestros pueblos?, ¿qué inventario colgar en nuestra historia?

Éste:

Más de 100 millones de latinoamericanos subalimentados, entre ellos casi 20 millones de niños con peligrosos cuadros de desnutrición; de un 15 a un 25 por ciento de desempleados en la población potencialmente activa; no menos de 12 millones de niños sin escuela y de un 50 a 80 por ciento de deserción entre quienes la tienen; una mortalidad infantil no inferior al 66 por mil (con índices hasta de 230 por mil en Haití); promedios de analfabetismo que en algunos países como Guatemala superan el 50 por ciento; una expectativa de vida promedio inferior a 60 años.

Un político conservador, el expresidente chileno Eduardo Frei, llegó a decir, alarmado:

Es un hecho que América Latina vive un proceso revolucionario. Se debe, entre otras causas, a que, en numerosas regiones, una fuerte proporción del pueblo carece de cultura, de organización, de pan y de trabajo y, lo que es aún peor, de esperanza. Para él, la democracia no es sino una ficción o a lo más, una máquina electoral<sup>2</sup>.

Como demostraría Fidel Castro, en su conjunto, en el año 1984, los países de América Latina pagaron por intereses y utilidades a los bancos y transnacionales 37.300 millones de dólares, casi 3.000

2 Cf. Jean Huteau. *La transformación de América Latina*, Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 1970, p.73.

millones más que en 1983, y recibieron por préstamos e inversiones (la nueva estrategia de dominación empleada por el capitalismo) 10.600 millones. Por el contrario,

la transferencia neta de recursos financieros hacia el exterior de América Latina, en 1984, ascendió a 26.700 millones de dólares. Solamente en dos años, 1983 y 1984, la salida neta de recursos financieros de América Latina hacia el exterior por concepto de intereses y utilidades ascendió a 56.700 millones de dólares. Es decir, el conjunto de países subdesarrollados de América Latina está financiando la economía y el desarrollo de los países industrializados más ricos del mundo con cifras impresionantes de dinero. Ese es el hecho real, y ese dinero se ha escapado ya para siempre, no tiene regreso posible<sup>3</sup>.

Es entonces cuando evocamos los versos de Stephen Vincent Benet, el gran poeta norteamericano muerto en 1943:

Pensábamos que por tener poder teníamos sabiduría. Pensábamos que el largo tren correría hasta el fin de los tiempos. Nuestros padres y nosotros sembramos dientes de dragón. Dientes de dragón que algún día sabrán morder donde se debe morder y no a sí mismos, como hasta ahora.

A más de siglo y medio de Ayacucho –la batalla que selló el fin del colonialismo español en América del Sur– el moderno imperialismo, disfrazado como aquél de cruzada civilizadora, emplea su fuerza en todos los lugares del saqueo corazón del Tercer Mundo. Ha encontrado e inventado métodos silenciosos y terribles de exacción: sus capitales penetran el cuerpo de las naciones directamente o asociados en empresas mixtas que le garantizan aprovechar los propios recursos nacionales y protegerse de nacionalizaciones,

---

3 Fidel Castro. *La impagable deuda externa de América Latina y del Tercer Mundo* (entrevista al diario *Excelsior* de México), La Habana, Editora Política, 1985, pp. 6-7.

al paso que incrementan las ganancias y succionan, literalmente, las riquezas naturales. Mediante *royalties*, patentes y toda clase de regalías, sobrefacturando o subfacturando –según convenga– los productos que venden a esas compañías matrices, utilizando el sistema de “créditos atados” que entidades financieras como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (en donde dominan sus capitales y sus gerentes) conceden en especial a empresas del sector público (energía, teléfonos, ferrocarriles, acueductos), acrecientan la deuda externa, impulsan la inflación y la carestía de vida, suscitan el establecimiento de nuevos impuestos “al mismo tiempo que la disminución del salario real, constituyendo en suma un retroceso que lleva a la virtual desnacionalización de dichas empresas y a la burla de su autonomía” 4.

A más de siglo y medio de Ayacucho la deuda de América Latina con los banqueros y las transnacionales del mundo capitalista ha ascendido a 420 mil millones de dólares, a pesar de haber transferido ya más de 250 mil millones en pago de intereses.

Ningún país ha escapado a esta estrategia pérfida que ha costado centenas de miles de víctimas por hechos violentos (sin contar las del vicio y la inanición).

Una vez más lacayos despatriados, solapados o enorgullecidos pitiyanquis y pusilánimes demócratas cumplieron su función de trampolines para que sobre nuestras patrias cayera con todo su peso la insaciable voracidad del neocolonialismo.

Pero la lucha por la segunda independencia no se detiene. En nuestro tiempo esta lucha alcanza escenarios y dimensiones distintas. Escenarios que acaso puedan parangonarse con aquellos sobre los cuales el polvo del galope bolivariano y el paso asmático del Che dejaron su puñado de utopías. Dimensiones que acaso sean los nuevos rumbos de la historia que avanza, implacable en su rueda dialéctica.

---

4 De la Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe, La Habana, 1975.

Porque para decirlo en palabras del líder y primer ministro cubano –cuyo pueblo se atrevió por primera vez, victoriosamente, en América, al otro desafío–, si nuestros países y los de todo el Tercer Mundo adoptan una actitud firme y unida, tienen una oportunidad real de alcanzar esa segunda independencia, pues el sistema capitalista mundial no podría subsistir sin el intercambio comercial con el Tercer Mundo:

No pueden prescindir de nuestros combustibles y materias primas, no serían siquiera felices sin nuestro café, nuestro té, nuestro cacao, nuestros camarones (...) Bloquear económicamente al Tercer Mundo, o intervenir por cuestiones de deuda, como hicieron en las primeras décadas de este siglo en Haití, República Dominicana y otros países; repartirse de nuevo el mundo para asegurar el suministro de materias primas y los mercados, como ocurría en otras épocas, hoy es absolutamente imposible. Los nuevos dirigentes latinoamericanos tienen sobre sus hombros una inmensa responsabilidad.

Durante cinco siglos los países otrora colonialistas extrajeron de nuestras tierras, bajo el trabajo esclavo, servidumbrado o proletariado de millones de latinoamericanos, fabulosas riquezas con las cuales impulsaron su propio desarrollo.

Copiosos ríos de sangre y de lágrimas y millones de muertos sirvieron de dramático epílogo al *film* imperial, trastocado en la gran *superproducción* del siglo xx.

Nuestros pueblos –decía Fidel Castro– son más bien acreedores, no sólo morales, sino también materiales, del mundo del occidente industrializado y rico. La República Federal Alemana ha estado pagando indemnizaciones pecuniarias a Israel por los genocidios cometidos por los nazis contra los hebreos. ¿Quién paga los genocidios cometidos no sólo contra la vida, sino también contra las riquezas de nuestros pueblos a lo largo de siglos?

(1992)

(5) Fidel Castro, *ibid.*

## OLIGARQUÍA Y SEMÁNTICA

### I

¡Eureka! Un conocido periodista colombiano, Plinio Apuleyo Mendoza, acaba de descubrir –o más bien ratificar– que en Colombia no existe ni manda ni gobierna oligarquía alguna, sino una ínclita magistratura de hombres cultos entre cuyas virtudes cuéntase, además de su amor por los pobres, la devoción por la semántica.

Opositor acerbo –*of course*– de Hugo Chávez, a quien condena por los señalamientos –excesos semánticos– que éste hiciera sobre la implacable aunque socarrona clase social responsable directa de mucha de la sangre derramada en el pasado medio siglo en aquel país, el avezado intelectual asevera con énfasis que los oligarcas son allí cosa del pasado, espectros, anacronismo de idiotas latinoamericanos (expresión otrora acuñada por él en comandita con Vargas Llosa). La oligarquía –deduce en sana lógica– dejó de existir hace más de un siglo, se extinguió, más por languidez que por desdoro, con el último virrey, cuyos herederos ahuman en Bogotá sus nostalgias entre cigarros y cafés, a la sombra de inofensivos blasones.

No importa lo que la palabra oligarquía signifique (y significa “gobierno de pocos”) o si tiene, además, acepciones similares que cualquier periodista debería conocer, tanto más si revisa los

apellidos de ciertas familias colombianas que como en el poema de Prévert se repiten, en sibilino rosario, en los centros de poder del hermano país.

Ahora, gracias a Mendoza, lo sabemos: el verdadero e inequívoco mando en Colombia lo ejercen los cultos, y no los oligarcas, y los hados saben con cuánto desinteresado apoyo de diestros comunicadores y poderes imperiales. Ello ha deparado a la vecina república, amén del fervor por la semántica, gloriosos años de paz, prosperidad y buen decir que envidiamos todos en Iberoamérica y disfrutaban mejor los millones de colombianos asesinados, desaparecidos y expatriados.

## II

La cultura genera sorpresas. La semántica, como queda dicho, más que la justicia social, ha sido desde antiguo pasión atormentada de los cultos oligarcas neogranadinos y sus orgullosos discípulos. De allí que para ellos, así como oligarquía no es oligarquía ni guerra es guerra, la capital Bogotá –derivación de nombre indígena reivindicado en su momento por los libertadores– pudo recuperar su cognomento colonial de Santa Fe (y ahora habrá que nombrarla, como en los gloriosos tiempos del virreynato, con este apelativo culto y civilizado) en hazaña semiológica que los oligarcas venezolanos deberían, al menos, intentar imitar rebautizando a Caracas Santiago de León.

Esta pasión, hay que reconocerlo, no se agotó en el siglo XIX. Aumentada y corregida devino virtud dispensada por herencia o por ósmosis. Veamos lo que editorializó en Bogotá uno de los miembros de esta magistratura en importante diario de su propiedad, *El Tiempo*, poco antes de que sus clamores fueran oídos:

Más vale tarde que nunca. A los Estados Unidos ahora sí parece preocuparlos el tremendo poderío militar de la guerrilla colombiana, aliada en muchos de sus frentes con el narcotráfico. Los gringos, obnubilados y distraídos por una boyante economía, se demoran

pero llegan (...) Apoyados en el narcoescándalo del presidente Ernesto Samper, se empeñaron en bloquear toda ayuda militar y de apoyo estratégico. A la sombra de esa decisión prosperó lo que hoy con tanta angustia nos advierten los gringos. Ojalá no sea muy tarde para que revisen sus prioridades de asistencia en estos países y midan con más tino y menos puritanismo las demoledoras consecuencias políticas de un país preso por el narcotráfico y la guerrilla.

Si esto no era llamar a voces a una potencia y un ejército extranjeros para que intervinieran militarmente en su país como ya lo están haciendo, la semántica yerra.

Pero si las mismas palabras pueden considerarse conducta de lacayo en vez de argumento de oligarca, entonces tal vez la semántica tenga razón.



## **LOS ROSTROS DEL HORROR**

(SOBRE EL ATENTADO DE LAS TORRES GEMELAS DE NUEVA YORK)

### **I**

El horror carece de rostro pero no de sombra. Tras cada sombra hay otra sombra y tras ésta otra. A veces las sombras son sombras de otras sombras.

No se parecen a las sombras humanas, tras las cuales hay siempre cuerpos que cantan o padecen, ni a las de los árboles sobre las que el viento deposita arrullos o sus apagadas conjeturas.

Tampoco son como las de aquellos indios de la costa caribe que no tenían más dioses que sus sombras, inseparables compañeras, ni como las de ciertas aves de alto vuelo que por perderse en las alturas abandonan sus sombras a su suerte.

Estas sombras sin rostro pertenecen al crimen, a la vesania, a la venganza, al despropósito, pero también, no lo olvidemos, a la injusticia. Pertenecen no al esplendor sino a la decrepitud. Están en un lado y en el otro. Pertenecen al fanatismo pero también a la intolerancia. A la crueldad pero también a la discriminación y al expolio. Al terror pero también al avasallamiento.

Con esto quiero decir que estas sombras sin alma no conocen compasión ni fronteras. Que es difícil distinguir unas de otras, pues

que andan trajeadas de verdades absolutas, de dinares y de dólares, de piastras y de libras, de sofismas y de doctrinas supuestamente sagradas de dios o del mercado para ocultar la sed de dominio, de lucro, de rapiña, de atropello, de resentimiento o de violencia.

Un antiguo proverbio chino advertía a quien osara sembrar sombras, que habría de recoger tales: el horror no discrimina. Sólo el dolor de los sensibles es capaz de comprender este espanto universal. Víctimas inocentes en todo el mundo, antes y ahora, cayeron y caen por una causa u otra, pero, ¿cuántos sucumben por la ambición humana de poder, por la sed de vencer o conquistar, por el ansia de sobreponerse a otros, por el egoísmo alimentado por un modelo de sociedad que hizo de la vida un despreciable templo consumista?

No sabemos de dónde partieron esta vez las sombras que aniquilaron tantas vidas, cada una de ellas con un rostro cierto, amado por alguien.

Descubrirlas y castigarlas no llevará la paz a nadie, ni escarmentará a nadie, ni traerá a la humanidad sosiego (acaso sólo el alivio de la vindicta, y ni eso, porque los asesinos dejaron, con las de sus víctimas, sus propias vidas, o por mejor decir, las sombras de sus sombras).

Por qué mejor no nos preguntamos ¿por qué siguen ocurriendo estos crímenes?, ¿qué tenebrosas resoluciones, qué precedentes, qué pulsiones del mundo o del submundo, qué fiebres de venganza, qué ultrajes por cobrar impulsaron a esos seres a la desesperación y el terror?

¡En su muda elocuencia la historia podría revelarnos tantas cosas!

Todavía ignoramos, pero menos que antes, qué infecundos laberintos transitan o qué enloquecida rosa de los vientos guía ciertas acciones humanas.

Hace unos años las Naciones Unidas declararon a Jerusalén Ciudad de la Paz.

Se supone que lo hicieron no por ser cuna de tres religiones cuyos jerarcas y adeptos menos tolerantes –diciéndose poseedores

cada uno por su lado de la única verdad– ensangrentaron al mundo durante dos mil años (y aún lo hacen), sino por haber descubierto en aquellos muros milenarios, no el fanatismo o la intransigencia, sino la condescendencia y la paz. Celebrado sea.

¿Quién, en cambio, declaró sitio de paz el llamado Jardín de Lumbini, en donde se supone nació (el año 563 antes de Cristo) Siddharta Gautama, mejor conocido como Buda, en cuyo nombre jamás se ha derramado una sola gota de sangre ni se ha hecho ninguna guerra santa? Misterio.

Los Estados Unidos son un gran país y el pueblo norteamericano ha construido su nación con amor y abnegación. Pero los EEUU no son únicos ni perfectos. En su pasado y en su presente, contrariando los más hermosos postulados de su Constitución, existen terribles manchas e iniquidades. Mas, ¿por qué ha de pagar el pueblo de los EEUU, ni ningún otro, estas culpas? Todo crimen es un ultraje al universo.

El año pasado, por octubre, estuve en Nueva York. Era mi primera visita al país y escogí la ciudad de Walt Whitman para ver qué quedaba del East River que tanto iluminó mi visión de aquella comarca volcada en el mar, poblada por la niebla del Atlántico y por los sioux. Contra mis previsiones, y aún bajo los viejos antídotos del libro de García Lorca, quedé deslumbrado. Deslumbrado por el poder humano capaz de levantar, en medio del hierro y el concreto, aquel portentoso espacio-espejo de toda la humanidad. Desde mi hotel, las Torres Gemelas se alzaban en la noche como dos enormes cirios que anunciaban a los cielos la certidumbre de una inteligencia capaz de vencer todas las sombras.

Pero las sombras siguen.

Como otrora, encubren otra vez sus rostros, y tras ellos otros rostros –otras sombras– que se niegan a aceptar que la tierra es ancha y puede y debe abrigar a todos los hombres.

Por eso el más urgente deber de la humanidad es descubrir y vencer los rostros de esas sombras, las del horror.

Tal vez entonces podamos decir a pleno corazón estos versos de un poema de Carlos Drummond de Andrade:

Sobre mi mesa, sobre mi cueva, ¡cómo fulgura el sol! Gracias, hermano,  
por el sol que me diste,  
en apariencia robándolo.  
Yo no puedo clasificar los bienes preciosos. Todo es precioso...  
y tranquilo  
como los ojos guardados en los párpados.

(2001)

## LA REVOLUCIÓN Y LOS MEDIOS

### I

Se cuenta que a poco de saberse en el palacio de Versalles la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, preguntó el rey Luis XVI al duque de La Rochefoucauld: ¿Qué es? ¿Una revuelta? A lo que éste respondió: No, señor, es una revolución.

Existieron y existen muchas clases de revoluciones y obviamente el duque tenía razón cuando anunciaba aquélla, sólo que ha debido precisar que era apenas el comienzo.

Todas las revoluciones han sido resultado y sucesión de complejos procesos que exceden con mucho la simple y heroica simbología de un solo acto, así sea el de la Bastilla. La historia recoge equívocas variantes conceptuales del término: la revolución comercial del siglo XII, la industrial del XVIII, la científico-técnica del XX (con la liberación de la energía atómica y el auge de la cibernética), las revoluciones políticas de diversas épocas y naciones, etc.

Las verdaderas, sin embargo, se producen en las conciencias; cabe decir, son culturales. Las ideas nutren la conciencia del mismo modo que el arte alimenta la sensibilidad.

Acaso el objetivo primordial de una verdadera revolución sea crear conciencias sensibles.

Las revoluciones sociales de los tiempos modernos, desde la francesa y la rusa hasta la cubana, se propusieron cambiar con el orden social los arquetipos. Lo intentaron (transformar la sociedad para cambiar la vida) pero las mentalidades no se transforman por decreto: responden a estructuras enrevesadas, a modos y relaciones de producción, a contrapuestos intereses; a la herencia, en suma, de paradigmas culturales.

Tanto o más que en la vida material, una verdadera revolución se da en los cerebros y en la sensibilidad, y en ello los medios de comunicación, gran poder del mundo de hoy, desempeñan un papel nada litúrgico.

## II

De todas las confrontaciones del presidente Hugo Chávez contra los despropósitos heredados prefiero la que libra con la mayor parte de los dirigentes de los medios, porque éstos, los medios, amén de su imprescindible función denunciadora y crítica, se supone han de ser no sólo reflejo de la historia social sino rectos e insobornables actores, obligados, por el privilegio que la sociedad otorga a sus hacedores y propietarios, a contribuir a mejorar la vida poniendo énfasis en la exaltación de lo positivo humano, más que en las miserias de espíritu y las aberraciones.

Que la imagen difundida por los medios sea transcripción o interpretación fiel o distorsionada de la coyuntura o la realidad, debe importar menos que esta misión fundamental.

La mentira, la deformación o la manipulación pueden ser las constantes, como ocurre a menudo entre nosotros con relación a Hugo Chávez y otros funcionarios: siempre quedará el consuelo, cuando son perpetradas con ingenio, de acudir al proverbio *Se non e vero, é ben trovato* (No es verdad, pero tiene gracia).

Lo grave, lo que debe temerse, y está ocurriendo, es que por falsear o mentir tan de seguidas pase como en el viejo cuentecillo y llegado el momento de decir la verdad nadie la crea.

Una asombrosa –por lo aberrante– práctica de cierto mundo mediático enseña que vender *rating* es vender lo trivial, lo falaz, lo escandaloso, lo obsceno, lo macabro, porque ello no exige al usuario o receptor (y cabe colegir que tampoco al emisor) ningún esfuerzo mental, y ya se sabe: todo esfuerzo mental (y toda ética) parece en muchos medios cada vez más una rareza.



## CULTURA Y REVOLUCIÓN

Los ciertos o supuestos beneficios de la llamada revolución científico-técnica contemporánea no siempre se corresponden con avances del hombre. Generaciones de idiotas y zombis, cretinos y drogadictos, desequilibrados y malhechores, pululan en sus cuevas. Moles de egoísmo y de codicia sepultan antiguas solidaridades y nexos familiares. Acceder a los verdaderos beneficios del desarrollo significa construir una sociedad más justa y entre nosotros difícilmente puede hacerse sino bajo las razones de una revolución, una verdadera revolución, a la venezolana. Pero esta revolución, amén de techo y pan y dignidad, debe dar a los muchos conciencia, o por mejor decir, espíritu, conciencia más sensibilidad, y ello sólo se logra privilegiando los haceres culturales, la cultura.

La automatización derivada del desarrollo científico-industrial no se produce únicamente en la esfera de lo material, en la simplificación o sustitución del trabajo físico. Desdichadamente también se genera en el trabajo intelectual. ¿Qué sino seres deshumanizados puede crear este estilo de vida basado en el lucro y el egoísmo? ¿Qué sino procesos mentales automatizados, acrílicos, vive el espectador de una televisión banal y violenta? El objetivo, aunque o allende las leyes del mercado, parecería estar en obtener un tipo de hombre más

cercano al androide y más lejano de lo humano, y la vida es demasiado importante para permitirlo.

## EL GRAN DEBATE

### I

Cuando en la Asamblea Constituyente de 1999 se discutía el tema de la libertad de expresión y se consideraba consagrar como derecho fundamental de los venezolanos el acceso a la información oportuna, veraz e imparcial, muchos de los allí presentes no dudamos en que iba a ser éste uno de los debates cruciales del proceso.

No porque la mayoría abrigara recelo alguno sobre la imperiosa necesidad de establecerlo, sino porque desde la misma instalación de la Asamblea sabíamos lo que pensaban los propietarios de los medios sobre ello.

En efecto, por conducto de los menos comedidos de sus mayores, algunos de los cuales habían desarrollado por entonces, desde el recinto del Capitolio, la piroscópica facultad de leer la mente de sus patronos, conocíamos *in extenso* los argumentos que éstos esgrimirían para calificar la Constituyente de instrumento de la voluntad totalitaria del “tirano” Hugo Chávez.

Nos hacíamos en esos días inocentes preguntas y nos dábamos idénticas respuestas.

## II

¿Vulneraba en verdad el principio de la información veraz, como afirmaban ellos, el ejercicio de un periodismo libre y sin censura, tal como se estableció finalmente en los artículos 57, 58 y 60 que aprobamos? ¿Por qué podían considerarse de “corte dictatorial” los términos que lo consagraban y lo consagran: veraz, oportuno e imparcial? ¿Por qué, si tal era el caso, el mismo principio había sido preceptuado en textos constitucionales de otros países, como el español de la democracia postfranquista, por ejemplo? ¿Sería que la vocación totalitaria se mantenía incólume en España como cuando gobernaba el “Caudillo por la Gracia de Dios”?

¿Transgredía la información veraz el derecho de los periodistas? ¿Era la veracidad contraria a la ética? ¿O sería que tal vez afectaba los intereses de ciertos propietarios y redactores duchos en manipulaciones, coacciones, omisiones, “distracciones”, montajes, engaños e infundios? ¿Será que no es probo guardar equilibrio informativo? ¿Será que no se puede informar sin tomar partido? ¿Y qué opinaba la mayoría de los periodistas sobre esto? ¿Fueron consultados alguna vez por los propietarios en votación libre y secreta para que la más intimidante de las camisas de fuerza, la del estómago, no mellara la expresión de su voluntad? Y por último, ¿podía considerarse totalitarismo amparar absolutamente la libertad de expresión e información sin censura, pero también los derechos de quienes pudieran sentirse lesionados, colectiva o individualmente, por el abuso de esa libertad?

## III

Aducían ellos como “gran” argumento: “En una sociedad libre la opinión pública premia o castiga”.

¿Pero dónde se expresa la opinión pública? ¿Y quiénes son los encargados de contribuir a formar “opinión pública”?

Decían: “Si la propuesta de información veraz es de carácter principista, entonces se trata de algo muy positivo. Si establece normas y regulaciones, debe ser rechazada”.

Es decir, si no sirve para nada, dulce y graciosa, pero si intenta impedir los abusos que al mancillarla se perpetran, villana.

#### IV

Se trataba en suma de un asunto de poder, pero no del poder de la opinión pública sino del poder de los propietarios de esos medios que utilizaban y utilizan el poder del dinero para obtener el poder de la opinión pública, sin más deberes ni responsabilidades sociales o penales que los que a sí mismos se otorgan.

Como el golpe de estado de abril del 2002 y los acontecimientos anteriores y posteriores demostraron, el papel de los medios de comunicación y sus responsabilidades ante los pueblos y ante la historia era el punto crucial de aquella controversia.

Éste sigue siendo el gran debate de nuestro tiempo.

De allí la gran victoria de un pueblo que tras soportar las más inclementes de las aberraciones y falacias mediáticas de nuestra vida republicana, aprendió a diferenciar y a creer más en el capital de la verdad que en la verdad del capital.



## DOS NOTAS PARA ESTA REALIDAD

### I

Cegada la razón, acaso no exista poder alguno, salvo limitadas terapéuticas, para reinstaurar el sano juicio.

Como era sabido desde antiguo cada mortal se niega a ver lo que no quiere ver y todas las maneras de perderse conducen al descalabro.

En Venezuela vivimos entre dos mundos, uno de ellos obnubilado, ensombrecido, obcecado, o por mejor –o peor– decir, con anteojeras.

Quienes viven en él han cerrado entendimiento y razón ante una incuestionable realidad que deambula ante sus ojos sin que alcancen a percibirla a plenitud: los pobres existen, siguen allí, aunque invisibles para quienes miran al mundo en el espejo de su baño; constituyen casi el 80% de la población y en su mayoría apoyan, en un porcentaje que ninguna anteojera puede vislumbrar, a Chávez y al proceso que éste lidera.

Si subieran y bajaran cerro, y no colinas, como cierta empresa de investigación social que contrataran les recomienda, podrían darse cuenta de ello. Pero es obvio que desde el espejo sólo se alcanza

a mirar, si no se ha mirado más acá y más allá, lo que se tiene, se quiere, o se puede.

## II

A comienzos del año pasado estuvo en Venezuela el historiador y periodista británico Richard Gott. Extrañado como tantos otros ante la virulencia opositora y la desproporción y saña que una gran parte de los medios promovía y oficializaba, declara a *Últimas Noticias* el 26 de mayo de ese año:

Para mí, la única explicación de la rabia que tiene la clase dirigente –descrita como minoría blanca– en contra del proyecto de Chávez es porque él representa a la población de abajo (...) El racismo aquí ha sido más suave porque la gente no ha investigado las diferencias. Ir a La Vega es ir a otra ciudad muy distinta a la que se ve en Altamira. Los venezolanos no tienen conciencia clara de lo que es su realidad nacional.

El racismo suave del que hablaba Gott parecía más bien comedimiento o cortesía de visitante inglés, porque en la misma página en donde se acogían sus declaraciones se publicaba una encuesta reveladora hecha a jóvenes clase media venezolanos. He aquí algunas de las respuestas: “Sí existe racismo (...) en religiones como la de los mormones no aceptan adeptos negros”; “a una amiga que ya tenía aprobado el ingreso a Pdvsa-Chuao, se lo negaron a último momento (por ser negrita)”; “sí soy racista ( ...) porque los negros son muy cochinos ( ...) hay que mejorar la raza”; “los negros son los primeros racistas, porque por ser inferiores quieren sentirse superiores”. Un encuestado manifiesta su admiración por Hitler, otro atribuye a su educación hogareña el desprecio a la plebe, etc.

Aunque estos jóvenes encuestados no representen el juicio ni el sentir del grueso de nuestra población, es obvio que por ellos se expresa una ideología que tiene al Ku Klux Klan como portaestandarte: la de

un sector de la oposición que sí conoce exactamente los contornos de su realidad.

Quienes lo integran se precian de mirar claro y si acaso se les ciega la razón es sólo cuando creen socavado el poder que siempre han detentado por sí, por delegación o por interpuestos.

Es el poder económico de los grandes consorcios y de los *trusts*, aliados del gran capital transnacional y la ultraderecha imperial, cuya expresión más acabada en nuestro país es la llamada organización Cisneros.

Dueños y señores de la carga de violencia y aberraciones transmitidas hora tras hora por sus medios de comunicación (7.081 actos de violencia semanales, 177 por hora y entre ellos 3.827 en los dibujos animados, fueron detectados por una investigación del “Comité para una radiotelevisión de servicio público” en 1998), de la banalidad y la estupidez que pretenden convertir en paradigma de la venezolanidad, patrones de cuanta acción desnacionalizadora cabe suponer en quienes, más que por patria, claman por un vasallaje que ya, de suyo, ostentan con suficiencia y exhiben sin vergüenza, ellos, como otros de su estirpe, ¿no serán, por desventura, los fabricantes de las anteojeras que impiden a tanto antichavista de buena o mala fe, a tanto intelectual desempolvado y a tanto caballero de plumón al ristre, mirar más allá de sus narices?

(2002)



## **SOBRE EL GOLPE DE ESTADO DEL 11 DE ABRIL**

### ***1. El Golpe de Estado***

Que el 11 de abril del 2002 se consumó un típico golpe de Estado no parece dejar ápice de duda, salvo en quienes de una manera u otra estaban comprometidos en él o lo apoyaron. Y no porque los conjurados y sus aliados hubiesen abrigado o abriguen incertidumbre alguna, sino porque mienten, pues que todos ellos sabían de qué se trataba.

Como nadie lo ignora, hasta en el supuesto negado de que el presidente Chávez hubiese renunciado como ellos afirman, su renuncia carecería de validez por haber sido obtenida a la fuerza.

Por si no bastaran las declaraciones de los propios protagonistas, entrevistados triunfalmente por el señor Napoleón Bravo y otros “periodistas” de los canales privados cuyos directivos y propietarios participaron al descubierto en la asonada, pocos días después Jorge Olavarría, encarnizado antagonista del presidente, confirmaba al diario *El Mundo* que él había conocido “el 10 de abril el decreto constitutivo del breve gobierno de Pedro Carmona Estanga”.

Olavarría aseguró también al vespertino que consideraba golpistas a todos aquellos que firmaron el citado decreto en el

acto celebrado el 12 de abril en el Palacio de Miraflores, y que de los testimonios recabados se concluye que no hubo vacío de poder. “La formación de un gobierno de facto en la tarde del 12 de abril se llama golpe de Estado y punto. Su notoriedad es plena prueba. Los que firmaron el acta son golpistas. Todo lo demás es humo de paja”.

Agregó que:

Sólo un imbécil podría negar que existía un plan en contra del gobierno de Hugo Chávez Frías (...) Estaban montadas muchas conspiraciones. Lo malo fue que la peor planificada fue la que se coló, vaya usted a saber cómo y por qué. Lo que debe ser averiguado es quién propuso a Pedro Carmona. Me ha intrigado mucho el testimonio del almirante Bernabé Carrero Cubero sobre lo que le dijo el almirante Ramírez Pérez. Eso es lo más grave que he escuchado hasta hoy ¿Quiso decir que los muertos estaban planificados? (Transcripción de *Últimas Noticias*, 24 de junio de 2002, p. 16).

## **2. Los muertos planificados**

Como sugiere Olavarría todo parece indicar que los muertos del 11 de abril, en las adyacencias de Miraflores, figuraban entre los planes del golpe.

Voceros de la oposición acusan al presidente Chávez de haber apostado francotiradores para disparar contra la “manifestación pacífica” que marchaba hacia el palacio presidencial, a cuyas puertas, y a lo largo de la avenida Urdaneta, manifestaban desde hacía varios días numerosos partidarios de su gobierno.

Por su parte, los medios de comunicación comprometidos en la conspiración han señalado y condenado a los por ellos calificados como “pistoleros de Puente Llaguno”.

Dos cosas me intrigaron siempre, y tanto más porque ese día, por la tarde, estuve varias horas allí, en la avenida Urdaneta, entre Carmelitas y Santa Capilla, a pocos metros de los sucesos: ¿por qué las primeras y casi todas las víctimas fueron partidarios del presidente?,

¿por qué el camarógrafo que filmó a los “pistoleros de Llaguno” accionando sus armas no captó también a sus supuestas víctimas?

¿O en verdad las captó y los directivos y propietarios de los medios decidieron suprimir dichas imágenes, no para ahorrarnos escenas de horror sino... porque se trataba de policías disparando?

Viene a mi mente una noticia aparecida el día siguiente al golpe, el 12 de abril, extrañamente en el diario *El Nacional*, firmada por la periodista Roselena Ramírez Prado, titulada “Las primeras bajas fueron del lado chavista” y publicada en la página D4:

Parados en medio de la avenida Urdaneta –escribe la periodista, testigo presencial– los simpatizantes del presidente Hugo Chávez estaban dispuestos a defender la revolución: “Patria o muerte”, decían. Y muerte fue la que tuvieron algunos. Sin saber de parte de quién, los tiros comenzaron a segar vidas revolucionarias. Las primeras cuatro bajas se contaron entre la avenida Baralt y el Palacio Federal Legislativo. Al parecer, el autor de los disparos fue un francotirador.

Nadie sabe quién comenzó. De lo que dan fe los testimonios es de que los primeros muertos tenían boinas rojas; y temprano, por lo menos 10 heridos eran atendidos (...)

Los disparos, provenientes de la avenida Baralt alcanzaban con precisión a los incautos que se asomaban por el puente de Carmelitas para ver el enfrentamiento entre los “compatriotas” que lanzaban piedras al piquete de la Policía Metropolitana, que, denunciaban, estaba dejando pasar a los manifestantes de la oposición (...)

Al presenciar los hechos, efectivamente se pudo comprobar que los uniformados de azul disparaban sus armas de fuego, acertando en el blanco con una precisión pasmosa. Tiros iban y venían. “¿Qué pasa con la Guardia Nacional?” “Nos están matando a la gente y no hacen nada”, gritaban alarmados quienes atinaban a pronunciar palabra. En la tarima apostada frente al palacio de Miraflores se escuchaba decir: “No podemos caer en provocaciones”...

Como tantos otros importantes y reveladores testimonios, la noticia pasó inadvertida y de la periodista no se supo más hasta que un corresponsal de la cadena CNN en Venezuela, Otto Neudsaldt, revelara lo mismo, es decir, la planificación de los crímenes, testimoniando haberlo oído de los propios cabecillas del golpe.

¿Será aventurado pensar que los dirigentes y propietarios de los medios censuraron, ocultaron, deformaron o minimizaron los testimonios, opiniones o informaciones que a su juicio pudieron incidir negativamente en sus objetivos, aspiraciones o negocios?

### 3 ¿Intervino el Gobierno de USA?

Al menos algunos de sus altos funcionarios y agentes desempeñaron un importante ¿y decisivo? papel.

¿Por qué todo apunta a ello? Entre otras razones por las que revela un editorial del *The New York Times* aparecido una semana después del golpe y transcrito por *El Nacional* el 18 de abril del 2002:

(...) Hugo Chávez no es el presidente que Venezuela necesita. Sin embargo, es el presidente electo de Venezuela mediante un proceso libre, justo y constitucional. Esta es la razón por la que todas las naciones democráticas del hemisferio occidental, por mucho que les disguste el presidente Chávez, denunciaron el intento de golpe de la semana pasada contra el mandatario.

Todas las naciones democráticas salvo una.

(...) Tal como sucedieron las cosas, nos alineamos con un grupo peculiar de conspiradores incompetentes.

(...) Sin duda, lo peor de este episodio es la traición a nuestros principios democráticos; no se supone que el enunciado “del pueblo, por el pueblo, para el pueblo” debería ir seguido por la frase “siempre y cuando se ajuste a los intereses de Estados Unidos”.

Nótese que en algo peca de confuso este editorial del *New York Times*. Cuando el editorialista habla de los intereses de Estados Unidos ¿a qué intereses se refiere?, ¿a los del pueblo de Estados

Unidos?, ¿a los de su gobierno?, ¿a los de muchos altos funcionarios de su gobierno?

En el país de Lincoln existen, como en todas partes, fuerzas progresistas y democráticas que libran similares luchas a las que empeñamos aquí. Y esas luchas no tienen por bandera ninguna hegemonía ni tiranía alguna, sean éstas de gobiernos o de mercados.

Se trata de una lucha de justos que claman por justicia.



## LAS DOS IGLESIAS

### I

¿Qué es ser cristiano?

Parece legítimo que muchos hombres y mujeres de buena voluntad, aquí y ahora, se planteen con angustia las diversas interrogantes que la práctica cristiana impone o debe imponer en un continente como el latinoamericano, consternado en sus fueros por las más hondas desigualdades sociales. Miseria, atraso, analfabetismo, abyección y desolación se ciernen sobre centenares de millones de seres humanos mientras sus supuestos defensores proclaman las omnímodas virtudes del mercado en el “mundo libre”. “Me causa gracia oír hablar del “mundo libre” cuando allí la miseria esclaviza y agobia a las personas”, decía en 1966, y podría repetir ahora si viviera, monseñor Hélder Cámara a un periodista de la revista *Primera Plana*.

Si la situación no alcanza a ser humana (para dos tercios de la humanidad), esto significa que la inteligencia y la libertad no pueden funcionar a la vez. Es un mundo esclavo y no un mundo libre. Aun si existe la independencia política, aunque la esclavitud haya sido

abolida oficialmente, la situación es de esclavitud (acotaba en 1967 en una de sus conferencias publicada en el *Jornal do Brasil*).

Nada ajeno ni excepcional para los verdaderos cristianos decía el célebre arzobispo de Recife. Lo que revelaba en sus palabras había sido ya expuesto por los primeros profetas y por el propio Cristo y sus discípulos dos mil años atrás. ¿Pero por qué entonces fue tildado de comunista, tal como serían después señalados otros preladados y sacerdotes?

Como sabe muy bien todo comunista genuino, la respuesta parece hallarse en la distancia que va de las palabras a los hechos.

Mientras monseñor se limitara, desde su púlpito, a proclamar el amor indistinto, el bien común, la caridad individual, la colaboración de clases y la salvación de las almas, era obvio que las estructuras de poder no moverían un dedo en su contra.

Pero Hélder Câmara comenzó a unir apostolado y acción, y las amenazas, los atentados y las agresiones no se hicieron esperar. Una suerte de Ku Klux Klan brasileño, los CCC (Comandos Caza Comunistas) le hicieron el honor varias veces. Ametrallaron su casa humilde, ensuciaron y pintarrajearon las paredes de su iglesia, ahorcaron de un árbol y acribillaron a uno de sus colaboradores, desataron en su contra infamante campaña a la que se asociaron, por supuesto, muchos medios de comunicación ligados al sistema.

Era evidente que para los causantes de la miseria del pueblo brasileño –y para sus visires y parásitos– Hélder Câmara era, acaso sin proponérselo, un enemigo.

Todos están de acuerdo con la caridad –decía el obispo–, con la limosna, entienden que eso está bien. Pero cuando alguien habla de hacer las reformas para que ya no sean necesarias esa caridad ni esas limosnas, entonces está mal y le tildan de revolucionario, de comunista.

Acaso en su fuero íntimo monseñor se preguntaba qué tendrían en verdad de malignos, malvados, pérfidos o anticristianos los comunistas

para que las causas justas les fueran adjudicadas. E intentaba buscar respuestas a su angustia:

Sin olvidar grandes ejemplos de dedicación, de sacrificio y hasta de heroísmo, es preciso reconocer que en el pasado –y el peligro continúa existiendo– los cristianos latinoamericanos somos gravemente responsables de la situación de injusticia existente en el continente. Aceptamos la esclavitud de los indios y la esclavitud africana. Y ahora, ¿puede decirse que hablamos bastante claro y con energía a nuestros latifundistas, a los grandes, a los poderosos? ¿O cerramos los ojos y los ayudamos a tener la conciencia tranquila, sabiendo que han cubierto injusticias increíbles con limosnas destinadas a construir iglesias (muchas veces escandalosamente vastas y ricas, en contraste chocante con la miseria ambiente) o con limosnas para nuestras obras sociales?

Cuando se comparan las palabras y las acciones de cristianos como Hélder Cámara con las de otros que tales se dicen, deviene fácil constatar la existencia de dos tipos de cristianos, y en consecuencia, de dos iglesias.

Los unos encubren, avalan o propician la desigualdad atribuyéndola a Dios, o se hacen ricos en ella. Aplauden o auspician secreta o públicamente sectas como Tradición, Familia y Propiedad o el Comité Internacional Pro Defensa de la Democracia (CIPDEM), de claro corte neofascista, apoyados en la más conservadora –y no pocas veces reaccionaria– doctrina de algunos papas y teólogos aliados a los poderosos de otrora y de ahora. Son los que utilizan esta frase atribuida a Pío XI para encabezar sus cruzadas de odio:

Procurad, venerables hermanos, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él de parte de los que quieren salvar la civilización cristiana.

A los otros podemos hallarlos en cualquier parte, menos en los palacios o mansiones de los ricos. Vienen de, o van a las mismas entrañas del pueblo. Son los herederos de los viejos luchadores anti imperiales del *Nuevo Testamento*, aquellos cuyas oraciones eran verdaderas requisitorias contra la explotación y los explotadores. El propio Jesús, hijo de obrero, anunció la desaparición de la opresión, un reino de fraternidad y justicia. No fue por su culpa que su iglesia se hizo parte del engaño, la alienación y la hipocresía, del mismo modo que no por culpa de Marx y Engels muchos de quienes decían actuar en su nombre cometieron las injusticias que provocaron la autodestrucción de la Unión Soviética.

## II

¿Dos iglesias?

Esto puede parecer una irreverencia, pero siempre las hubo.

La iglesia de fray Antón de Montesinos o de fray Bartolomé de las Casas –apóstoles de los pueblos indios oprimidos– no es la del obispo Fonseca –socio y procónsul de los traficantes de esclavos– ni la del clérigo Ginés de Sepúlveda, ideólogo racista de la empresa conquistadora, quien llegó a escribir que los indígenas, seres inferiores, eran tan distintos de los españoles como los monos lo eran de los hombres.

No es la misma iglesia la del jesuita Alonso de Sandoval, maestro de Pedro Clavier, quien angustiado ante la esclavitud de los indios y negros en América se había dirigido a los jesuitas de África para consultarles sobre la legitimidad de la trata, que la del padre Brandao, quien le respondía desde Loanda:

Escíbeme VR. se holgaría saber si son bien cautivos los negros que allá van. A lo que respondo que me parece no debía VR. tener escrúpulo en esto. Porque esto es cosa que la mesa de la conciencia en Lisboa nunca reprendió, siendo hombres doctos y de buenas conciencias. Además que los obispos que estuvieron en San Thomé, Cabo Verde y esta Loanda, siendo hombres doctos

y virtuosos nunca lo reprendieron. Y nosotros estamos aquí hace cuarenta años y estuvieron aquí padres muy doctos y en la Provincia de Brasil donde siempre hubo padres de nuestra religión, eminentes en letras, nunca tuvieron este trato por ilícito; y nosotros y los padres del Brasil compramos estos esclavos para nuestro servicio sin escrúpulo alguno.

Muchos sacerdotes cristianos del Tercer Mundo se han convenido de que su iglesia fue usada como instrumento de los poderosos contra los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos. Ellos han asumido como credo y praxis de su cristianismo la teología de la liberación.

No han optado a otra cosa sino a ser fieles a su conciencia de verdaderos cristianos.

El drama más doloroso y grave para un católico, según lo constatará el padre Antonio Pérez Esclarín en su libro *Teología y Liberación*, es que precisamente el mundo que se considera cristiano y que ha crecido en la tradición del cristianismo es el que aparece “como más inhumano y explotador”:

La Iglesia Oficial parece haber perdido su misión profética, de servicio y crítica, y lleva una existencia gris, aliada con frecuencia a las estructuras de poder y de opresión. Ser cristiano ha quedado reducido al cumplimiento de una serie de prácticas superficiales y vacías, sin su fondo fundamental de un amor dinámico y práctico que implica la justicia y la igualdad, la oposición radical a todo tipo de inhumanismo.

La diferencia entre cristianos y marxistas no es, como algunos sectores de la iglesia conservadora han sostenido, insalvable. Más que en los ideales, la distancia entre ambos reside en los orígenes de esos ideales y estos orígenes no pueden ser jamás causa hostil, mucho menos por quienes dicen predicar amor y caridad.

En nombre de la fe, durante cientos de años, las jerarquías de la iglesia católica se han opuesto a las transformaciones sociales

y han predicado a los débiles la sumisión y el conformismo. Con el Papa Juan xxiii y el Concilio Vaticano ii un nuevo tiempo pareció vislumbrarse, sobre todo ante la aterradora realidad de los pueblos del Tercer Mundo, azotados por el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo en lo externo, y por insaciables camarillas de oligarcas y serviles aliados de aquéllos, en lo interno.

El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente –escribía el Papa Paulo vi en su Encíclica *Populorum Progressio*–. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de la parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico.

Para los marxistas es precisamente la acumulación del capital el factor primario de las desigualdades sociales, por lo que ningún marxista desea que Lázaro se sienta en la misma mesa que los ricos, sino que no haya Lázaros para que tampoco haya ricos.

No pocos sacerdotes, incluyendo miembros de la jerarquía eclesiástica, han comprendido este revolucionario dilema, abrieron los ojos ante la realidad brutal que le rodeaba y hallaron en los marxistas, no enemigos perversos y totalitarios que los van a usar como tontos útiles en tanto sirvan a esa causa, como se les quiso y se les quiere hacer ver, sino seres humanos solidarizados en una legítima contienda de redención social a la que ellos, los cristianos, pertenecen por antonomasia.

“Que la filosofía de Marx (inmanentismo materialista) no sea la mía y que, consiguientemente, su antropología no sea la mía, no autoriza a pasar tan rápidamente a una condenación por inevitable totalitarismo”, escribe en su libro *Yo creo en la esperanza* el padre José María Díez-Alegría. Y añade:

A Marx, que pretende la liberación de todos los oprimidos de todas las opresiones, no se le puede despachar sin más, por inevitablemente totalitario. Y, menos que nadie, le podrían despachar los católicos socialmente conservadores, que, sépanlo o no lo sepan, están aceptando la dialéctica del “amo” y el “esclavo” (...) En conjunto, Marx (a diferencia de Engels) concibe la dialéctica más como rigurosamente histórica que como cuasimetafísica. No se trata, necesariamente, de una violencia radical, sino de una violencia impuesta por la violencia del “amo” y que tiende a suprimir la violencia (“sociedad sin clases”) (...) Me ha costado siete u ocho años de reflexión esclarecerme a mí mismo estos puntos, librándome de los residuos de antimarxismo ideológico que me quedaban a causa del influjo de la tradición católica conservadora.

Al condenar tácita o explícitamente a los sacerdotes cristianos católicos que ejercen su apostolado en la defensa, organización y concientización de los pobres, la jerarquía de la iglesia toma partido por los ricos, por los explotadores, contraviniendo en esencia la génesis ideológica del cristianismo.

No obstante ello, hoy, de nuevo, en muchas iglesias, es posible oír las palabras de Jesús de Nazaret que Miguel Otero Silva recrea en su novela *La piedra que era Cristo*:

En verdad te digo que no he venido a traer paz a la tierra sino espada, y que he venido a traer fuego, ¡y cómo quiero que ese fuego estuviese ya encendido! Pero mi espada es la espada de la verdad y mi fuego es el fuego de la vida, no el hierro y la hoguera convertidos en armas de retaliación. Exalto el amor como crisol para la transformación del hombre y como basamento de piedra para la construcción de un mundo diferente. Por amor he defendido a los perseguidos, por amor he desafiado a los déspotas, por amor he combatido el mal, porque no se puede amar a los pobres sin pelear a favor de su causa.



**PALABRAS EN EL PRIMER ENCUENTRO DE TRABAJADORES DE  
LA CULTURA CON EL PRESIDENTE HUGO CHÁVEZ  
ATENEO DE CARACAS, SEPTIEMBRE 1999**

Entiendo que este encuentro –quisiera anteponerme a toda suspicacia– no es el otrora tradicional acto de adhesión a un hombre ni a un gobierno, entre otras cosas porque ni ese hombre ni ese gobierno serían capaces de demandárnoslo, y porque además, como muchos de ustedes saben, en el terreno del arte y la literatura no existe nada tan sospechoso, y en veces tan dramático, que la equívoca postura de ciertos hombres a quienes alguna indulgencia intelectual denomina seres-bisagra.

Pero tampoco es ésta una convocatoria para disipar ningún equívoco, ni para consumir –como aludiera Sartre en un semiolvidado texto– parte de nuestras vidas en esa ceremonia interminable de etiquetar cuanto forjamos o emprendemos, ni para salirle al paso a nadie, ni para descalificar ni humillar a nadie, ni para encomiar o ponderar las virtudes de nadie, porque ello corresponde o debería corresponder al universo privado y al libre albedrío de cada quien.

Entiendo que es éste –y así lo asumo plena y libremente– un acto de reafirmación de la voluntad colectiva que aquí nos reúne, para contribuir con esa otra voluntad colectiva de ruptura con una realidad que ha convertido la vida en Venezuela en mueca, en quemadura, en

despropósito. Pero también un acto de reafirmación de angustias, ideales o sueños compartidos que han sido puestos a prueba por la infamia, por la mentira, por la manipulación, por el escarnio.

Una ya larga y despiadada campaña de tergiversaciones, de odio y de patrañas ha pretendido convertir –ante los ojos asombrados de los venezolanos– la tolerancia en intolerancia, el respeto en humillación, la sensibilidad en demagogia, la participación en conjura, la solidaridad en autoritarismo, la democracia en tiranía y a nuestro pueblo en horda de incautos o de escoria.

La fuerza de la verdad, dicen, parece a veces débil, pero esta apariencia es sólo la confirmación de su luminoso poder. La mentira, reza un proverbio de los Haussa de Nigeria, puede ser tan veloz como el rayo, pero la verdad siempre termina por alcanzarla.

Cuanto hoy nos congrega bajo este mediodía de septiembre, en esta casa que también vence las sombras, es, digo, la posibilidad de empeñar una vez más nuestra angustia, nuestro ideal o nuestro sueño en lo que una antigua voluntad de hacer dispuso como requerimiento y como razón: expresar la vida en su dimensión humana, denunciar los horrores de las tecnocracias, las burocracias y los poderes infatuados, instaurados sobre el mundo para banalizar la existencia y convertir la capacidad de soñar en mercancía.

Planes, iniciativas, indelineados o nítidos proyectos, honestos y denodados empeños, actos del entendimiento o la pasión, entregas absolutas y pródigas o a veces menoscabadas por la cruel realidad que padecen las mayorías, deliberaciones y decisiones de los enrevesados y a menudo terribles laberintos del poder, pasan ante nuestros ojos, y también ante nuestros esfuerzos, bajo el prisma imprevisible de una historia que apenas comienza (y no de la que termina, como algunos quisieran).

Muchos de los aquí presentes –y estoy cierto que casi todo el país cultural– hemos aprendido a valorar esos esfuerzos y esas iniciativas, aunque hubiéramos deseado, por ejemplo, ver convertida en realidad, en este despuntar del tiempo que se dice nuevo y transformador, la vieja aspiración de otorgar a la cultura su definitiva autonomía, para que sus recursos no sufran el tradicional quebranto que

la ubicuidad, los equívocos, la sospecha, la incomprensión, la inadvertencia, la burocracia o la ignorancia suelen propinarle, y para que el mundo sepa cuán honda puede ser la transformación que deseamos, porque toda verdadera transformación debe comenzar por las conciencias, y las conciencias se transforman con cultura.

No puede, expresa un documento de la Unesco, existir desarrollo económico ni social sin desarrollo cultural, científico y técnico. La búsqueda del conocimiento y la expresión artística es lo que diferencia lo humano de lo primitivo o de lo simplemente animal. Por la cultura somos verdaderamente humanos, y la política no debería abrigar más alto objetivo que sustraer a los pueblos del atraso, la ignorancia y la miseria mediante el desarrollo prioritario y masivo de los procesos culturales y de su herramienta mayor, la educación. La más infame de las miserias es la del espíritu.

Educar no es sólo instruir, educar es culturizar. Instruir es enseñar destrezas, educar es, además, inculcar valores. La cultura constituye la esencia de lo humano, y –dispénsenme las obviedades– ningún criterio economicista ni tecnocrático será capaz de comprender, como no lo comprendieron en todos estos años, que mientras más instituciones culturales existan, que mientras más arte plene de temblores de alma los corazones, que mientras más poesía nos lleve a dudar y a soñar y a compartir y a sentir, que mientras más ciencia al servicio de la paz, del presente y del porvenir tengamos, más patria libre latirá bajo nuestros pies y bajo los pies de nuestros hijos.

Quienes acusaron y acusan a nuestro pueblo de incauto, de “desesperado, de frustrado y de inculto cívico” porque se atrevió a barrer cívicamente, cívicamente, sí, cuarenta años de descomposición moral y de infame postración, tal vez nos acusen ahora de incondicionales. Y yo les digo: incondicionales somos, sí, pero de aquella angustia, de aquel ideal, de aquellos sueños. Incondicionales somos de los viejos anhelos negados a morir a pesar de quienes desdeñaron o traicionaron la humilde savia que los conformó entre la razón sublevada y la esperanza. Incondicionales somos del esfuerzo solidario, de la arepa compartida, de la voluntad amotinada que intenta hacer, y hará posible hacer, de este presente, otro.



**CARTA A LOS ESTADOUNIDENSES SENSIBLES EN LAS MANOS  
DE LAWRENCE FERLINGHETTI**

Querido Lawrence Ferlinguetti:

Te preguntará por qué pongo en tus manos esta carta destinada, más que a ti, a los hombres y mujeres que en los Estados Unidos son capaces de conmoverse ante toda injusticia.

Mi respuesta es que existen pocos como tú –poeta a quien admiro desde los días de adolescencia cuando tu libro *Coney Island mental* (*A Coney Island of the Mind*, 1958) llegó hasta nosotros como un insurrecto destello–, pocos, digo –y contigo quién sabe cuántos estadounidenses sensibles–, para comprenderla en sus angustias y en sus fundadas reconvenciones.

Hubiera deseado escribirles en verdad sobre los prodigios o maravillas de mi país, sobre su naturaleza o el empeño secular de su esperanza.

O acerca de su poesía y sus poetas.

Me habría gustado hablarles de las inquebrantables luchas de nuestra gente a las que tú en lo particular no eres ajeno. O contarles sobre sus haceres, artes, persistencias, gravitaciones o hechizos.

Pero no. En esta hora de urgencias no es posible.

Una vez más el gobierno de Estados Unidos, como si fueran pocas las presiones, coacciones, cohechos, intimidaciones y conminamientos

sobre gobernantes y países, enluta a la humanidad en nombre de la libertad y pretende, como antes, hacernos sus vasallos.

\*\*\*

Las recientes invasiones de Afganistán e Irak, contra las cuales para honra de la poesía se levantaron las voces de más de cinco mil poetas norteamericanos entre quienes tú ocupabas lugar de vanguardia junto a Robert Pinsky, Rita Dove, Mark Strand, Martin Espada, Adrienne Rich, Saul Williams, Sam Hamill, Emily Warn y tantos otros, no son nuevas en la historia de EEUU. Como ustedes lo sospechaban, son las resultas de un largo proceso de agresiones basadas en engaños, artimañas y encubrimientos consustanciales a toda guerra colonizadora o imperial.

Pude leer sin sorpresa que el senador Ted Kennedy, ante las torturas a los prisioneros iraquíes cuyas fotos cubren de vergüenza a todo estadounidense honrado, declaraba: "Es lamentable que en el Medio Oriente el símbolo de Estados Unidos no sea la Estatua de la Libertad sino un prisionero torturado, con una capucha, una capa negra y cables adosados a su cuerpo".

¿Pero es que acaso esas torturas y esos crímenes encarnan hechos aislados? ¿No tuvieron ellos, por desventura, un sombrío antecedente en el exterminio de los pueblos indígenas norteamericanos perpetrado a lo largo de los siglos XVIII y XIX?

No recuerdo si fuiste tú quien citó en cierta ocasión aquellos versos de un poema de Robert Lowell:

Nuestros padres sacaron pan de troncos y piedras  
y cercaron sus jardines con huesos de los indios.  
(Our fathers wrung their bread from stocks and stones  
And fenced their gardens with the Redman's bones).

Pero no olvido: fueron y son también estadounidenses, estadounidenses justos, quienes denunciaron y se opusieron a aquel genocidio. Y mientras escribo estas palabras vienen a mi memoria

dos libros estremecedores sobre el mismo: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee (Bury my heart at Wounded Knee)* de Dee Brown, y *El expolio del indio norteamericano (Dispossessing the American Indian)* de Wilbur R. Jacobs.

Busco entre mis libros el de Jacobs y leo esta página: “La proyección, como forma de autoengaño, como medio de convencer al propio yo de que “los impulsos malignos están afuera, no en mí”, es una explicación convincente de las bases psicológicas del racismo y el indio fue una de sus primeras víctimas históricas. Fue a menudo descrito como un perezoso y peligroso salvaje hostil a la influencia de la civilización. Al mismo tiempo se convirtió en objeto de odio y de temor. En la frontera americana se tendía a asociar al indio con el salvajismo de una violencia sin control cuando en realidad el indio, en muchos aspectos, sabía lograr y mantener la paz mejor que el hombre blanco. El odio al indio se remonta a las primeras y violentas guerras del siglo XVII. Todos nosotros debemos ciertamente analizar la moralidad de ese odio que ha perdurado a lo largo de los siglos”.

Así ha sido, por desdicha.

William Carlos Williams llegó a decir que por este odio, alimentado por la mezquindad, la estupidez y la falsedad de quienes lo practicaron, “nada restaba del gran Nuevo Mundo Americano sino el recuerdo del indio”.

Y Thomas Merton:

¿Por qué suponemos siempre que el indio fue el agresor? Nosotros estábamos en su país, nos lo estábamos adueñando y nos negábamos además a compartirlo siquiera con él. Éramos el pueblo de Dios, que siempre tiene razón y sigue un destino manifiesto. El indio no podía ser más que un demonio.

\*\*\*

En días recientes leí una declaración de la actriz Sharon Stone, de cuyo esplendor no cabe esperar menos: “no puedo imaginar cómo criar hijos en un país gobernado por Bush”, decía.

Tal vez ella no desconoce cómo la derecha mercantilista y militarista ha degenerado en su país el concepto de libertad y pretende legitimar, aniquilando los argumentos de la razón y a expensas de ésta, las características absolutistas y represivas sobre las que se asienta todo poder imperial.

Esa ultraderecha insaciable y gangsteril, antes y ahora, ha concitado no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo la reacción de una humanidad harta de guerras e injusticias.

\*\*\*

Por los años en que Vietnam era sometido a la más despiadada campaña invasora de exterminio tecnológico que conozca la historia, escribí y publiqué, intentando decir parte de lo que aquí digo, una carta como ésta, escrita bajo quién sabe qué consabidas consternaciones.

No eran ellas –las consternaciones– muy distintas a las de ahora y quise comprobarlo en el texto semiolvidado de aquel desahogo epistolar. Por mucho que busqué entre mis papeles no pude, sin embargo, encontrarlo, aunque si mal no recuerdo fue publicado entonces en el diario *El Nacional* de Caracas sin más propósito que dejar sobre la arena el pequeño rastro de un humilde y sublevado tañido de campana.

Hallé en cambio otro no menos propicio y acaso no menos imperioso.

Data de comienzos de mayo de 1986 y en él un numeroso grupo de artistas e intelectuales venezolanos nos dirigíamos al Congreso de tu país para expresar nuestra angustia por la guerra encubierta que el gobierno del presidente Reagan, de tan infausta recordación, llevaba a cabo contra Nicaragua, pequeña nación a la cual se calificaba como “amenaza para la seguridad de los EEUU”.

Nos permitíamos recordar en aquella misiva que entre 1912 y 1979 el gobierno de Estados Unidos, no sé si con el consentimiento tácito o expreso de su pueblo, aunque lo dudo, había invadido varias veces la patria de Darío, ocupándola militarmente e instaurando en ella ominosas dictaduras, incluyendo una de las más sangrientas de

Latinoamérica, la de la dinastía de los Somoza, vencida en cruenta guerra por los sandinistas. Decíamos allí:

El modelo norteamericano ha probado ser ineficiente en países empobrecidos y dependientes, donde las reglas que lo rigen son fácilmente alteradas. Imponerlo mediante una brutal represión significó postergar las soluciones de fondo y crear las violentas tensiones que actualmente estallan en la región. Washington no ha tenido visión para contribuir a erradicar la pobreza y la desigualdad, causas de los conflictos que atribuye a la “penetración comunista”.

El Departamento de Estado no siempre ha defendido la democracia o la libertad en el resto del mundo; al contrario, apoya regímenes sanguinarios y corruptos, que el pueblo norteamericano jamás toleraría en su propio país. Esto es inmoral (\*).

\*\*\*

Pues bien, no era la primera ni la última vez que los EE.UU. agredía económica o militarmente a otro Estado, por más pequeño y lejano que estuviera.

El pretexto de la “amenaza comunista” había sido en parte sólo eso, pretexto perentorio, como lo fuera en el pasado la defensa de la democracia y en nuestros días la lucha contra las drogas o el terrorismo (que aún, dicho sea de paso, no ha tocado un pelo a los verdaderos jefes y emporios del terror: los fabricantes de armas y sus empresas conexas).

Como tú dijiste una vez: tal vez todos nosotros seamos poetas ilusos, pero no tan supremamente ilusos para no darnos cuenta de que ni antes ni ahora los poderes económicos que controlan los gobiernos y la política de los EE.UU. se han detenido ante nada.

Dichos poderes entramparon hasta límites inimaginables el ejercicio de la razón y con ello el de la democracia en tu país, porque son el reflejo de los intereses de grandes compañías, ahora multinacionales, para quienes la guerra, el saqueo, el timo, el latrocinio, la desinformación

y la banalización de la vida representaron y representan el mejor de los negocios.

Un informe de James Ridgeway citado por Enrique Ruiz García (*La descolonización de la cultura*, Planeta, 1972) señalaba que a comienzos de la década de los setenta más de los dos tercios de los fondos universitarios estadounidenses destinados a la investigación procedían del Departamento de Defensa, la Comisión de Energía Nuclear y la NASA, y que, en su conjunto, esos recursos estaban estrechamente vinculados a cuestiones militares. Otro estudio de 1964 había demostrado algo similar: el 38% de los fondos de investigación recibidos en las 2.100 universidades del país tuvieron ese carácter (más los dineros de la CIA y agencias similares).

En discurso pronunciado en el Congreso en diciembre de 1967, el senador Fulbrighth había dicho:

Nuestro país está siendo condicionado por conflictos permanentes. Más y más agudamente nuestra economía, nuestro gobierno y nuestras universidades aceptan los requerimientos de la guerra continua, de la guerra total, de la guerra ilimitada y de la guerra fría (...) estamos llegando a ser una sociedad militarizada. *Como si debiéramos estar orgullosos de ello se anunciaba, no hace mucho, que la guerra del Vietnam había creado un millón de nuevos empleos en los Estados Unidos.*

La vida de las naciones, tanto como la de los hombres, puede llegar a transformarse en una loca carrera hacia el absurdo. La población de EE.UU. constituye el 6% de la población mundial, pero consume el 40% de la energía del planeta. Al decir de Lewis H. Lapham, jefe de redacción de *Harpers* de Nueva York, las encuestas de opinión revelan que el 46% de los estadounidenses se declara cristiano-evangelista, el 48% cree que la teoría de la evolución es una herejía y el 68% da fe de haber visto alguna vez al demonio. "Nuestros geopolíticos en Washington –dice Lapham– se precian imaginando su guerra contra el terrorismo como un choque de civilizaciones. Se trata de un choque de supersticiones, y cuando se les

escucha hablar, se oye el rugido de los tambores con plumas y el eco de los cuernos de bronce que resuena en la noche de los tiempos” (citado en *Question*, n° 13, Caracas, julio 2003).

¿Será, como dijera un ex presidente, que lo que es bueno para las transnacionales es bueno para el pueblo de los EE.UU.?

Nada tan falaz.

\*\*\*

Noam Chomsky, quien en su revelador y notable estudio *La guerra de Asia* pone al descubierto los mecanismos de las fuerzas oscuras del imperio, sostiene allí que las multinacionales no sólo encarnan una amenaza para las soberanías nacionales, sino también –y esto es aún más significativo– para la posibilidad de progreso social y el verdadero ejercicio de las libertades políticas incluso en el seno de los EE.UU.

En su tiempo Mark Twain lo había dicho de otro modo: “Gracias a la bondad de Dios, tenemos en nuestro país tres cosas de un valor inefable: la libertad de expresión, la libertad de conciencia y la prudencia de no practicar nunca ninguna de las dos”.

Porque los imprudentes, ¡y cuántos pueden dar fe de ello!, suelen ser descalificados y a veces hasta condenados -y en las administraciones de la ultraderecha y ahora con Bush con más razón- como traidores a su país, contraventores comunistas o en el mejor de los casos como blasfemos.

\*\*\*

Según datos de la revista *Fortune* citados por Chomsky, el núcleo financiero del capitalismo se componía para el año 1969 por no más de 60 firmas, consorcios o compañías, poseídas o controladas por un millar de personas. Se preveía entonces que en 25 años, es decir, antes del año 2000, 200 empresas multinacionales dominarían completamente la producción y el comercio y representarían aproximadamente el 75 por ciento de los activos totales de las

compañías del mundo capitalista. Es decir, un puñado de multimillonarios tendría la potestad de controlar y decidir el destino de cientos o de miles de millones de seres humanos.

Creo que la predicción se quedó corta.

Por ejemplo, para el año 2003 el PIB de mi país era de 61 mil millones de dólares, pero el de tres empresas norteamericanas era éste: General Motors, 132 mil millones; Ford, 100 mil millones y Exxon, 115 mil millones.

Por eso, ¿a quién puede sorprender que las fuerzas monopólicas y oligopólicas de los EE.UU. se opusieran y se opongan a que nuestros países, una vez liberados de la tutela colonial española, recurrieran a los controles estatales para ordenar sus economías y en cambio hoy quieran imponernos el ALCA?

Como escribiera alguna vez Simón Bolívar: “Formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil”.

Un planificador lo expresaba de este modo:

Un país cuyo desarrollo industrial depende de inversiones extranjeras no puede controlar adecuadamente su propio destino. Quizá pueda llegar a producir con éxito un despegue, pero su economía podría compararse a un avión sin piloto cuya trayectoria y cuyo equilibrio son dirigidos a distancia.

Con toda certeza no fue éste el camino escogido por los propios Estados Unidos para alcanzar su desarrollo.

Por el contrario, mientras la subordinación de nuestras naciones generó el estancamiento y los desequilibrios que han perpetuado hasta hoy el subdesarrollo con sus grandes mayorías empobrecidas, las potencias imperiales crearon las condiciones para impedir que ellas avanzaran hacia su verdadera autonomía y dejaran de ser simples proveedoras de materia prima.

¿Cómo se inició este proceso? Según Josué de Castro, gracias a la creación o estimulación por parte de los factores del imperio, de élites alienadas (es decir, educadas “a la occidental”) y una clase de burócratas cuyos intereses no sólo no coincidían con los de las

masas desheredadas, sino que estaban estrechamente ligados a las transnacionales -y no pocas veces como socios- en la administración y explotación de las riquezas de sus países. De este modo, aun conquistada la soberanía política nominal, ésta poco podría hacer para transformar la dependencia en desarrollo independiente.

Josué de Castro decía también (en *Geopolítica del hambre*) que esta, el hambre, había sido y era la inseparable y dramática compañera de la expansión imperialista, con sus políticas desposeídas de todo sentido humano y la desarticulación de las culturas sometidas.

\*\*\*

Algunas cifras acaso desconocidas por ustedes, porque estos asuntos suelen tratarse en forma tangencial o clandestina por los medios (los de EE.UU. y los de aquí), logran ser escandalosamente explícitas: América Latina tenía, en 1980, 120 millones de habitantes por debajo del umbral de pobreza y esa cifra, pese a los "milagros" económicos proclamados aquí y allá, antes y ahora, se elevó en el 2001 a 214 millones, o sea el 43% de la población. Dentro de este porcentaje el número de indigentes o marginales ascendía a 92.8 millones, o sea el 18.6%. El año pasado, 2003, cada siete segundos murió en alguna parte del Tercer Mundo un niño menor de diez años como consecuencia directa o indirecta del hambre; el número de personas desnutridas en el planeta aumentó en relación a los 840 millones censadas en el 2002, y más de MIL MILLONES de adolescentes enfrentaban problemas de hambre, sida, embarazos no deseados y de acceso a la educación. En mi país el 34.5% de los niños entre 0 y 11 años de edad viven en situación de pobreza, al igual que el 14.46% de los jóvenes entre 12 y 17 años.

Son cifras del Fondo de Población de las Naciones Unidas (Unfpa). Apenas la cresta del iceberg de una realidad cada vez más abismal.

Nos acusan de poetas ilusos, pero ¿por qué gente como nosotros, reos de sensibilidad, debe ser indiferente ante ella? ¿Cómo no condenar a los responsables -y con ello quiero significar que no es el

imperio el único responsable– y cómo no solidarizarse con quienes, aún en medio de carencias, excesos o errores, luchan por cambiarla?

Un grafiti pintado en los años sesenta en un muro de Montevideo decía:

“El que siembra hambre, recoge revoluciones”.

\*\*\*

En Venezuela vivimos un proceso que intenta por fin resolver de raíz este drama y un gobierno que procura privilegiar la justicia social más allá de palabras y pactos tras bastidores con los poderosos agentes venezolanos de las transnacionales. No es sólo retórica, que la hay. Es ante todo la voluntad de volver visibles, es decir, protagonistas de su historia, a los seres invisibles. Es decir, a los desheredados. Es decir, a aquellos que constituyen el 80% de nuestra población. Y hacerlo soberanamente, tal como hicieron ustedes allá. Y en democracia, como puede constatarlo cualquiera. y con la solidaridad de los justos del mundo.

Porque democracia no es sólo acudir al recinto electoral cada cuatro o cinco años como colofón de un espectáculo casi circense de promesas y exaltaciones publicitarias. El fin primordial de una democracia, aquello que la legitima y ennoblece, debe ser ante todo la supresión de la injusticia social, la abolición de las relaciones de servidumbre, la guerra contra la ignorancia y la intolerancia, y el respeto al recinto sagrado y único que es nuestro planeta, patrimonio común de todos los seres vivos.

El actual proceso político venezolano no advino de la nada. Nació como fruto de seculares iniquidades, frustraciones, contiendas y anhelos.

Los principios fundamentales del mismo los ha hecho suyos, a lo largo de la historia, toda la humanidad.

En el *Libro de los muertos* egipcio, que data de más de cuatro mil años, se transcribe esta confesión, letanía u oración que un difunto llevara consigo a la tumba para exponer ante Osiris sus virtudes como prendas para la anhelada resurrección:

Salve, el de las largas zancadas, que sales de Annu: no cometí iniquidad. Salve, el abarcado por la llama, que sales de Jer-aba: no robé con violencia. Salve, divina nariz, que sales de Jemennu: no maltraté a los hombres. Salve, Neha-hau, que sales de Re-stau: no maté a hombre ni mujer.

Salve, el de los ojos pétreos, que sales de Sejem: no obré con falsedad. Salve, Triturador de huesos, que sales de Suten-henen: no fui mendaz. Salve, Dientes brillantes, que sales de Tashe: no acometí al hombre.

Salve, tú que retrocedes y sales de la ciudad de Bast: no intervine en asuntos con engaño.

Salve, Nefer-Tem, que sales de Het-ka-Ptah: no obré con astucia, ni ejecuté maldad. Salve, el de la cabeza santa que sales de tus aposentos: no acrecí mi riqueza sino con lo que me pertenece en justicia.

Y en otro fragmento: “Viví de justicia y de verdad y me nutrí de ellas. Di pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo y embarcación al náufrago”.

Tal pretende la revolución bolivariana.

\*\*\*

Permítanme recordar otra parte de la historia.

El 17 de diciembre de 1962, el entonces secretario de Estado Dean Rusk, a fin de justificar la invasión armada a Cuba –que sería bloqueada implacablemente desde entonces– presentó al Congreso un informe en el que mencionaba las veces que los EE.UU. habían intervenido militarmente en otros países entre 1798 y 1945.

No era un informe cualquiera, sino la desvergonzada –y enmascarada y manipulada– lista de asaltos, usurpaciones y ocupaciones militares que en Asia, África, Oceanía y América Latina habían perpetrado las tropas estadounidenses en ese lapso.

Aparece en el libro *To serve the Devil*, Vol. 11, *Colonials and sejourners* de Paul Jacobs, Saul Landau y Eve Pell (New York, Vintage Books, 1971). En él encontramos además, no por casualidad,

la misma matriz de opinión y casi los mismos argumentos esgrimidos por el gobierno de los EE.UU. para intervenir, esta vez por mampuesto, en el golpe militar del 11 de abril del 2002 contra el presidente Hugo Chávez.

No pretendo revelar a ustedes sucesos que en algunos casos no les serán desconocidos ni abrumarles con cargos ajenos a su conciencia sensible. Mucho menos aburrirles con la transcripción completa del documento: su sola extensión bastaría para llenar un libro. Que estas evidencias puedan llegar a otros seres honestos en mi país o en los Estados Unidos tal vez justifiquen la disyuntiva entre ser descortés con los destinatarios o intentar ser sincero con los amigos, pues amigos consideramos a los estadounidenses que en su patria y fuera de ella han tratado y tratan de impedir que sus gobiernos empleen los mecanismos de perversión que caracterizaron al fascismo y al nazismo.

El informe de Rusk es aterrador. Son 158 intervenciones armadas las que allí se registran, algunas tan peculiares y paradigmáticas como éstas, tomadas al azar y literalmente:

1817. Isla Amelia (territorio español de la Florida). Por orden del presidente Monroe, tropas de los Estados Unidos desembarcaron y expulsaron a un grupo de “contrabandistas, aventureros y saqueadores”. (¿Pueden ustedes imaginar quiénes eran esos “contrabandistas, aventureros y saqueadores”? Entre otros el general Gregor MacGregor, oficial escocés al servicio de la causa libertadora de Venezuela, Pedro Gual y Lino de Clemente, patriotas venezolanos que en unión de otros revolucionarios, algunos de ellos estadounidenses, intentaban liberar la Florida, entonces colonia española, para establecer una cabeza de puente para la guerra independentista suramericana).

1832. Sumatra. Del 6 al 9 de febrero: para castigar a los nativos del pueblo de Quallah Bato, por las depredaciones a barcos norteamericanos.

1833. Argentina. Del 31 de octubre al 15 de noviembre desembarco de una fuerza en Buenos Aires para proteger los intereses de los Estados Unidos y de otros países, durante una insurrección.

1835-36. Perú. Del 10 de diciembre de 1835 al 24 de enero de 1836 y del 31 de agosto al 2 de diciembre de 1836: los infantes de marina protegieron los intereses norteamericanos en El Callao y Lima, durante un intento de revolución.

1840. Islas Fiji. Julio: para castigar a los nativos por atacar las partidas de exploración y reconocimiento norteamericanas.

1844. México. El presidente Tyler desplegó nuestras fuerzas para proteger Texas de México, pendiente de que el Senado aprobara el tratado de anexión (más tarde rechazado). Se opuso a la resolución de investigación del Congreso. Era una "demostración o preparación".

1846-48. Guerra de México. La ocupación por el presidente Polk del territorio en disputa la precipitó. Declaración formal de guerra.

1857. Nicaragua. De abril a mayo y de noviembre a diciembre: para oponerse al intento de William Walker de apoderarse del país. En mayo, el comandante C. H. Davis, de la marina de los Estados Unidos, con algunos infantes de marina, recibió la rendición de Walker y protegió a sus hombres de las represalias de los aliados nativos que habían combatido a Walker. En noviembre y diciembre del mismo, los navíos de guerra norteamericanos Saratoga, Wabash y Fulton se opusieron a otra intentona de William Walker en Nicaragua. El comodoro Hiram Paulding, cuando desembarcó a los infantes de marina para obligar a Walker a retornar a los Estados Unidos, fue tácitamente desautorizado por el Secretario de Estado, Lewis Cass, y Paulding se vio obligado a retirarse.

1858. Uruguay. Del 2 al 7 de enero: fuerzas de dos navíos de guerra estadounidenses desembarcaron para proteger las propiedades norteamericanas durante una revolución en Montevideo.

1859. China. Del 31 de julio al 2 de agosto: para proteger los intereses norteamericanos en Shanghai.

1860. Angola. (África Occidental portuguesa). 10 de marzo: para proteger las vidas e intereses norteamericanos en Kisembo, cuando los nativos se pusieron belicosos.

1868. Colombia. (Aspinwall). 7 de abril: para proteger a los pasajeros y los valores en tránsito durante la ausencia de tropas o de policía local, con motivo de la muerte del presidente de Colombia.

1888. Corea. Junio: para proteger los intereses norteamericanos en Seúl durante una situación de inestabilidad política, cuando se esperaban disturbios del populacho.

1891. Haití. Para proteger las vidas y propiedades norteamericanas en la isla Navassa, cuando unos trabajadores negros se sublevaron.

1894. Brasil. Enero: para proteger el comercio y la navegación de los norteamericanos en Río de Janeiro durante una guerra civil brasileña. Aunque no se llegó a desembarcar, hubo un despliegue de fuerzas navales.

1894-95. China. Los infantes de marina se estacionan en Tientsin y penetraron en Pekín con intenciones protectoras durante la guerra chino-japonesa.

1898. España. Guerra hispano-norteamericana. Declaración total.

1899-901. Islas Filipinas: para proteger los intereses norteamericanos después de la guerra con España, y para conquistar la isla, al derrotar a los filipinos en su guerra por la independencia.

1903. República Dominicana. Del 30 de marzo al 21 de abril: para proteger los intereses norteamericanos en la ciudad de Santo Domingo durante un estallido revolucionario.

1906-09. Cuba. De septiembre de 1906 al 23 de enero de 1909: para restaurar el orden, proteger a los extranjeros e instaurar un gobierno estable, después de serias actividades revolucionarias.

1918-19. México. Después de la retirada de la expedición de Pershing, nuestras tropas entraron en México por lo menos tres veces en 1918 y seis en 1919 para perseguir bandoleros. En agosto de 1918, tropas norteamericanas y mexicanas combatieron en Nogales.

1926-1933. Nicaragua. Del 7 de mayo a 15 de junio de 1926; el 27 de agosto de 1926 y el 3 de enero de 1933 el golpe de Estado del general Chamorro excitó las actividades revolucionarias que condujeron al desembarco de los infantes de marina para proteger los intereses de los Estados Unidos. Fuerzas de los Estados Unidos

fueron y vinieron, pero no parecen haber abandonado completamente el país hasta el 3 de enero de 1933. Su misión incluyó actividades contra el forajido líder Sandino, en 1928.

\*\*\*

Hasta aquí la muestra. Apenas 22 casos de los 158 de similar guisa recogidos en el informe.

Prontuario no menos extenso y elocuente podría ser compilado a partir de 1945, año en que termina la Segunda Guerra Mundial.

Algo característico resalta en todos: el papel de gendarme universal que desde los comienzos del siglo XIX se arrogaron los gobernantes de EE.UU., con una que otra excepción. Y nos preguntamos y preguntamos: ¿quién les confirió tal potestad? ¿El derecho de la fuerza?

¿Pero no ha sido el derecho de la fuerza el esgrimido en todo tiempo y lugar para intentar legitimar la opresión y el avasallamiento?

Que yo sepa, exceptuados los vesánicos casos de Pearl Harbor –a miles de millas de sus costas– y las Torres Gemelas –turbio de toda turbiedad, como lo ha demostrado Michael Moore–, nadie ha agredido jamás a los EE.UU. en su territorio.

En el siglo XIX, cuando los partidos comunistas no habían alcanzado el poder en ningún país y por tanto no podía alegarse “la amenaza comunista” para intervenir, la Casa Blanca apelaba a la “defensa de los intereses norteamericanos”, eufemismo que encubría una justificación real, la de los intereses del gran capital.

Detengámonos, sin embargo, sólo en los casos citados como ejemplo. Cada mención de aquel informe escondía o desfiguraba, por lo común, tanto las razones verdaderas como los verdaderos acontecimientos. Es cuestión de revisar en las páginas de la historia, las auténticas. Y éstas nos descubrirán lo que en verdad pasó, por ejemplo, con México, cuyo territorio original fue reducido casi a la mitad por tropas de EE.UU. bajo el pretexto de una supuesta “guerra contra bandoleros”. O con España y la conflagración del 98, incluyendo la “misteriosa” voladura del Maine en

La Habana –excusa para ocupar Cuba– y el papel protagonista del célebre señor Herst, propietario de la cadena de periódicos que inmortalizara Orson Welles en *El ciudadano Kane*. O con las Filipinas y su bochornoso vasallaje. O con las islas del Pacífico, hoy “partes de la Unión”. O con Puerto Rico y su cómico, si no fuera por lo trágico, Estado “Libre” Asociado. O con los países centroamericanos y su Walker (cuya historia es exactamente al revés de cómo se dice en el informe y de cuya saga de farsas, crímenes y latrocinios dejó constancia en sus novelas Miguel Angel Asturias). O con Sandino, tratado en el informe como forajido. O con Haití, cuya isla La Navassa fuera invadida en 1843 para explotar su rica producción de guano y no para defender a nadie de los “belicosos nativos”, etc.

Parece improbable que el estadounidense medio conozca estos y otros “detalles” similares de su historia. Siempre se sospechó que entre las preocupaciones centrales de todo poder o gobierno sospechoso –y sospechar del sospechoso no es una simple cacofonía– figuraba la manipulación de la opinión pública. Muchos lo constataron: pueblo desinformado devenía dócil a las maquinaciones que en su seno y en su nombre incubaban los poderes establecidos para perpetuar privilegios y fechorías. Antes lo fue. Ahora mucho más. Y como escribe Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*:

(...) luego de los odiosos atentados del 11 de septiembre de 2001, el tema pasó a ser una obsesión. Michael K. Deaver, amigo de Donald Rumsfeld y especialista de la psy-war o “guerra psicológica”, resumió así el nuevo objetivo: “Actualmente, la estrategia militar debe ser concebida en función de la cobertura televisiva (pues) si uno logra tener a la opinión pública de su lado, nada es imposible. Sin ella, el gobierno es impotente”.

\*\*\*

El 16 de mayo de este año, Paul Rockwelle hizo una larga entrevista al ex marine Jimmy Massey, de 32 años, sargento destacado en Irak, para el periódico electrónico *Sacramento Bee* ([www.sacbee.com](http://www.sacbee.com)).

Yo estaba al mando de un pelotón de artilleros y lanzadores de misiles. Mi trabajo era ir a determinadas áreas de las ciudades y ocuparnos de la seguridad de las carreteras (...) Todos los informes de inteligencia que nos llegaban decían que los coches (de iraquíes) iban cargados con bombas y explosivos (...) cuando no detenían la marcha los freíamos. Rockwell pregunta: ¿Disparaste sobre entre 6 y 10 niños? ¿Los liquidasteis a todos?

Massey: Oh, sí. Tuve piedad de uno. Cuando aparecimos, trató de esconderse detrás de un pilar de hormigón. Le vi y levanté el arma, y él alzó las manos. Huyó. Y yo grité a todos "No disparéis". La mitad de su pie le colgaba por detrás.

Rockwell: Tus sentimientos cambiaron durante la invasión. ¿Qué pensamientos tenías antes?

Massey: Yo era como cualquier otro soldado. Mi presidente me dijo que ellos tenían armas de destrucción masiva, que Saddam (Hussein) amenazaba al mundo libre, que con todo eso podía alcanzarnos en cualquier lugar. Y yo me lo tragué.

Rockwell: ¿Qué te cambió?

Massey: Las muertes civiles que íbamos provocando. Eso fue lo que marcó la diferencia. Eso fue por lo que yo he cambiado.

Rockwell: ¿Las revelaciones de que el gobierno había fabricado las pruebas para lanzarse a la guerra afectaron a las tropas?

Massey: Sí. Yo maté a gente inocente para nuestro gobierno. ¿Para qué?, ¿qué es lo que hice?, ¿dónde están las consecuencias positivas? Siento que he participado en una especie de mentira diabólica, que he sido un juguete en manos de nuestro gobierno. Me siento confundido, avergonzado de todo ello.

Rockwell: Entiendo que esos incidentes –matar civiles en los controles, los dedos destrozados en la manifestación– pesen sobre ti. Pero ¿qué sucedía con tus oficiales de mando?, ¿cómo tratabas con ellos?

Massey: Hubo un episodio. Fue justo tras la caída de Bagdad, cuando retrocedíamos por el sur. En los alrededores de Kerbala tuvimos una reunión matinal para ver el plan de combate. Yo no me encontraba bien. Todas aquellas cosas daban vueltas por mi cabeza, qué era lo que estábamos haciendo allí. Algunas cuestiones que mis soldados estaban planteando. Yo me lo estaba guardando todo dentro. Mi teniente y yo empezamos a hablar. La conversación me estaba haciendo mucho daño. Y estallé. Le miré y le dije: ¿Sabes? Honestamente siento que estamos haciendo algo malo aquí: estamos cometiendo un genocidio. Él me preguntó algo y yo le dije que con los muertos civiles y con el uranio empobrecido que estábamos dejando no íbamos a tener que preocuparnos por los terroristas. No le gustó que le dijera eso. Se puso de pie y se marchó alterado. Y supe muy bien allí y en ese momento que mi carrera había terminado. Yo estaba hablando con mi comandante...

Hasta aquí fragmentos de la entrevista.

¿Cuántos Massey, en nombre de la libertad, habrán acudido durante dos siglos a las guerras libradas por los gobiernos de EEUU en todo el mundo?

\*\*\*

El “imperio informal” de EEUU –decía James Petras– fue construido y sostenido por tres pilares interrelacionados: 1) guerras e intervención militar, 2) operaciones encubiertas de espionaje y 3) fuerzas de mercado, remiendo financiero de las instituciones financieras multilaterales (FMI, BM) y las agencias económicas del Estado imperial (Tesoro, Comercio, EXIM Bank, etc):

Con Bush –añadía– las fuerzas motrices que apoyan la presidencia imperial cambiaron de los banqueros inversionistas de Wall Street al complejo de energía-petróleo y militar-industrial. Los conservadores partidarios de la economía de libre mercado de la era imperial de Clinton fueron sustituidos por un gabinete dominado por ideólogos militaristas de ultraderecha.

Si nos atenemos al análisis de Petras, la sospecha se materializa: no es que el imperio haya cambiado de camisa: se puso la verdadera. El “libre” mercado dio paso a la ofensiva militar (directa o encubierta).

En otras palabras, ¿cómo no vamos a abrigar en Venezuela la sospecha de ser uno de los próximos blancos si ya lo somos?

¿Acaso no lo demostró el golpe de Estado del 11 de abril de 2002 contra el siempre hipotético tirano Hugo Chávez?

Las razones que entonces se forjaron pueden dar paso a razones forjadas ahora. Por ejemplo, Bush ha prometido “declarar la guerra al terrorismo y a cualquier Estado que dé refugio a los terroristas”. Y ha subrayado: “porque un Estado que acoge en su suelo a terroristas es a su vez un Estado terrorista y debe por tanto ser tratado como tal”. Así se invadió Afganistán, como otrora –aunque el argumento era otro– Corea, Vietnam, Guatemala, Nicaragua, República Dominicana, Panamá, Granada, etc.

No es difícil “probar” que se amparan terroristas. Tampoco llamar terroristas a quienes no lo son.

\*\*\*

A propósito de los países que refugian a terroristas Noam Chomsky ha escrito:

Podemos preguntarnos si Bush realmente es coherente, ya que hay muchos otros Estados que acogen terroristas, que los protegen y a los que ni se bombardea ni se les invade. Empezando por ... ¡los mismos Estados Unidos!

Y argumenta: Es sabido que desde 1959 los Estados Unidos han apadrinado ataques terroristas contra Cuba. Entre ellos la invasión de la bahía de Cochinos en 1961, el ametrallamiento aéreo contra civiles, las bombas en lugares públicos de La Habana y en otros sitios, el asesinato de funcionarios, la destrucción en vuelo de un avión de la línea Cubana de Aviación en 1976, que causó la muerte

de más de ochenta jóvenes deportistas que allí viajaban, así como docenas de complots para matar a Fidel Castro. Uno de los asesinos y terroristas anticastristas más conocidos, acusado de ser el cerebro del atentado contra el avión civil en 1976, es Orlando Bosch. En 1989, el presidente George Bush padre anuló la decisión del Ministerio de Justicia que había denegado una solicitud de asilo formulada por Bosch. En consecuencia, vive tranquilamente en Estados Unidos en donde prosigue con sus actividades.

Chomsky menciona a otros terroristas que han hallado refugio seguro y permanente en los EE.UU.: Enmanuel Constant, por ejemplo, de Haití, conocido por el nombre de "Toto", fundador del FRAPH, grupo paramilitar que, a las órdenes de la junta que derrocó al presidente Aristide, aterrorizó a la población de 1990 a 1994. "Toto" vive en el Queens de Nueva York y Washington denegó la petición de extradición presentada por Haití. "¿Por qué?", se pregunta Chomsky. Porque "Toto" podría revelar los vínculos entre Estados Unidos y la junta culpable de haber hecho asesinar –por los hombres del FRAPH– entre 4.000 y 5.000 haitianos... Hay que añadir que entre los gangsters que han participado, al lado de las fuerzas norteamericanas, en el reciente golpe de Estado contra el presidente Aristide figuran varios ex dirigentes de la organización terrorista FRAPH.

En los EE.UU. hallaron también refugio seguro algunos de los militares comprometidos en el golpe de estado contra Hugo Chávez, en los crímenes de Puente Llaguno y la plaza Altamira de Caracas y en la colocación de bombas en las sedes diplomáticas de Colombia y España. A menudo aparecen, hasta uniformados, anunciando sus planes tenebrosos en las televisoras de Miami.

Es que no todos los terroristas –dice Chomsky– son iguales. Y los que sirven a los intereses de los Estados Unidos no deberían ser calificados con la fea palabra "terroristas". Son los nuevos "combatientes de la libertad", como llamaban los medios de comunicación antes al mismo Osama bin Laden, en la época en que aterrorizaba a los soviéticos por cuenta de Estados Unidos.

\*\*\*

Citaba Roque Dalton en uno de sus poemas este diálogo atribuido a Friedrich Dürrenmatt:

EL OTRO: Lo que usted quiere saber es, en cierto modo, el arte de morir.

EL HOMBRE: Al parecer es el único arte que hemos de aprender.

A morir no sólo de metralla.

En mi país menos mueren por metralla que por hambre.

\*\*\*

Quiero concluir recordando palabras de otro poeta estadounidense, Archibald Mac Leish, quien llegó a ocupar la importante posición de subsecretario de Estado durante la Segunda Guerra Mundial. Aparecieron en el *New York Times* en 1968, cuando los primeros cosmonautas estadounidenses volvían del espacio estelar y la invasión a Vietnam alcanzaba su más dantesco clímax:

La noción medieval de la Tierra –decía Mac Leish– colocó al hombre en el centro de todas las cosas. La noción nuclear de la Tierra lo dejó en la nada –aún más allá del límite de la razón–, perdido en la guerra y en el absurdo.

¿Por qué Mac Leish querría disociar en ese momento las nociones de guerra y absurdo, eternos sinónimos en la vida del hombre?

¿Acaso porque era obvio su propósito de establecer claramente que ambas iban más allá del límite de la razón?

Yo quisiera pensar ahora que las amenazas proferidas y los atentados apoyados por funcionarios de la Casa Blanca contra el proceso venezolano, y la ocupación de Afganistán e Irak y su secuela de horror –colofón de una historia de agresiones, latrocinios y arrogancia imperial– gravita en ustedes los estadounidenses como una quemadura en medio de hogueras inescrutables.

Pero una quemadura capaz en su dolor y en su estremecimiento de avivar y restituir la razón sensible sobre los poderes de la razón enloquecida.

Porque, en el fondo, ustedes nos han demostrado muchas veces la resolución de compartir este planeta como hermanos.

Nada más.

Saludos fraternales,

(\*) Entre quienes suscribían la carta estaban Francisco de Venanzi, María Teresa Castillo, José Ignacio Cabrujas, Luis Alberto Crespo, Pedro León Zapata, Isabel Allende, José Balza, Alfredo Chacón, Kotepa Delgado, Manuel Caballero, Alexis Márquez Rodríguez, Guillermo Morón, Aníbal Nazoa, Earle Herrera, José Vicente Rangel, Oscar Guaramato, Orlando Araujo, Caupolicán Ovalles, William Osuna, Denzil Romero, Laura Antillano, Patricia Guzmán, Manuel Bermúdez, Rodolfo Izaguirre, Enrique Hernández D'Jesús, Gabriel Jiménez Emán, Régulo Pérez, Rodolfo Santana, Velia Bosch, Alfredo Anzola, Luis Camilo Guevara, Luis Guevara Moreno, Isabel Palacios, Elizabeth Schön y Teódulo López Meléndez, entre otros muchos. Algunos de ellos, poquísimos, quizás no la suscriban ahora. Tal vez porque el imperio se ha vuelto bueno.

## ÍNDICE

<b>NOTA PRELIMINAR</b>	7
<b>LOS SERES INVISIBLES</b>	9
<b>LA SEGUNDA INDEPENDENCIA</b>	19
<b>OLIGARQUÍA Y SEMÁNTICA</b>	25
<b>LOS ROSTROS DEL HORROR</b>	29
<b>LA REVOLUCIÓN Y LOS MEDIOS</b>	33
<b>CULTURA Y REVOLUCIÓN</b>	37
<b>EL GRAN DEBATE</b>	39
<b>DOS NOTAS PARA ESTA REALIDAD</b>	43
<b>SOBRE EL GOLPE DE ESTADO DEL 11 DE ABRIL</b>	47
<b>LAS DOS IGLESIAS</b>	53
<b>PALABRAS EN EL PRIMER ENCUENTRO DE TRABAJADORES DE LA CULTURA CON EL PRESIDENTE HUGO CHÁVEZ</b>	61
<b>CARTA A LOS ESTADOUNIDENSES SENSIBLES EN LAS MANOS DE LAWRENCE FERLINGHETTI</b>	65



Edición digital.

**Caracas, Venezuela, marzo 2018**



“Escribo estas líneas menos como incierto oficinista de la poesía que como angustiado ser humano cuya sensibilidad nació y creció bajo un orden social acicateado por injusticias seculares, y que aprendió a ver en su país, más allá del paisaje luminoso y de las gentes concretas y visibles, a ciertos seres invisibles que también lo poblaban. Tan invisibles y tan numerosos y tan laboriosos y tan persistentes como las gotas de lluvia, y a quienes debo -o tal vez deba decir debemos- el papel donde escribo, el lecho donde duermo, el zapato que calzo, el plato donde como, el techo que me alberga y hasta el espíritu que me alienta.”

Gustavo Pereira

Gustavo Pereira nació en Margarita, en 1940. Poeta y crítico literario, se doctoró en Estudios Literarios en la Universidad de París. Fue fundador del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales y del Centro de Investigaciones Socio-Humanísticas de la Universidad de Oriente. Uno de los poetas venezolanos más importantes de su generación, formó parte del grupo “Símbolo” (1958). Fue director y fundador de la revista *Trópico Uno* de Puerto La Cruz. Ha publicado más de treinta títulos, entre ellos: *Preparativos del viaje* (1964); *En plena estación* (1966); *Hasta reventar* (1966); *El interior de las sombras* (1968); *Los cuatro horizontes del cielo* (1970); *Poesía de qué* (1971); *Libro de los Somaris* (1974); *Segundo libro de los somaris* (1979); *Vivir contra morir* (1988); *El peor de los oficios* (1990); *La fiesta sigue* (1992); *Escrito Salvaje* (1993); *Antología poética* (1994); *Historias del Paraíso* (1999); *Dama de niebla* (1999); *Oficio de partir* (1999) y *Costado indio* (2001). Ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos, el Premio Fundarte de Poesía (1993), el Premio de la XII Bienal Literaria José Antonio Ramos Sucre (1997) y el Premio Nacional de Literatura (2001).

